

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

EL CAZADOR DE PLANETAS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

130 - Intriga en la galaxia - *Glenn Parrish*

131 - Los “agentes” - *Marcus Sidéreo*

132 - Robots en el pantano - *Ralph Barby*

133 - Encrucijada en el espacio-tiempo - *A. Thorkent*

134 - Tras el reino de las tinieblas - *Curtis Garland*

**GLENN
PARRISH**

**EL
CAZADOR
DE
PLANETAS**

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º

135

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

Depósito Legal B. 1.317 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1973

© GLENN PARRISH - 1973

texto

© ANGEL BADIA - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

CAPÍTULO PRIMERO

El trineo mecánico se deslizaba velozmente sobre la helada superficie. Aferrada a los mandos, una mujer se esforzaba por mantener el rumbo correctamente. Su mirada iba de cuando en cuando a los instrumentos, pero casi inmediatamente volvía al desolador panorama que tenía ante sí. El suelo era más traicionero de lo que su aparente lisura podía indicar a primera vista.

El cuerpo de la mujer, joven y de agradable presencia, estaba protegido por un traje térmico, con casco, semejante al de los astronautas, aunque con la significativa diferencia de que no necesitaba unidad de respiración autónoma. Sin embargo, el aire que ella respiraba debía ser calentado antes de llegar a sus pulmones, ya que la temperatura externa, bajísima, oscilaba constantemente entre los -75°C y -80°C .

De cuando en cuando, volvía la cabeza hacia atrás. Por fortuna, se dijo, no era perseguida. Pero no estaba demasiado convencida de que no lo fuera en cualquier momento.

De repente, el trineo aminoró la velocidad.

Preocupada, lanzó un vistazo a los instrumentos.

Palideció dentro del casco. El indicador de energía estaba casi a cero.

Sus ojos recorrieron con evidente aprensión la helada llanura, en la que alguna elevación de pequeña cota no era suficiente para romper la monotonía de su liso trazado. El cielo, completamente gris, cubierto de

una densísima capa de nubes, ofrecía un aspecto deprimente.

Casi al mismo tiempo, notó una baja en la temperatura interior de su vestimenta de protección.

El traje tenía una especie de peto exterior, en el que, además de los mandos, había un termómetro. Los ojos de la joven se cubrieron de sombras de preocupación al ver que, en pocos minutos, la temperatura del interior de su traje había bajado de +22 °C a +17 °C.

El indicador de funcionamiento de la unidad de energía ofrecía asimismo marcaciones nada optimistas. La joven comprendió en el acto en el gravísimo apuro en que se hallaba.

La temperatura interna bajó en pocos momentos a +14°C. Ella comprendió que ya no tenía solución.

Al mismo tiempo, la velocidad del trineo disminuía espectacularmente.

De pronto vio a su izquierda una profunda depresión, una especie de zanja de un par de cientos de metros de anchura, por cincuenta o sesenta de profundidad. Las paredes de la zanja tenían una fuerte pendiente que, sin embargo, en circunstancias ordinarias, no hubieran representado obstáculo alguno para el trineo.

Pero ahora, con el doble fallo de los sistemas de propulsión del artefacto y de la unidad térmica de su traje, no tenía escapatoria. En aquel momento, Murynia de Vyrr recordó el consejo que alguien le había dado días antes:

«Si te ves en un apuro, ingiere esta píldora. Ponla

dentro del traje térmico, al alcance de tus labios o de tu lengua. Alguien irá a salvarte un día.»

Murynia alargó un poco el cuello. La píldora estaba pegada al interior del casco, en la base de la máscara transparente. Insalivó un poco y disolvió la goma que sujetaba la píldora al casco. La diminuta esfera, de menos de un centímetro de diámetro, atravesó sus fauces y fue al estómago.

El trineo alcanzaba en aquellos momentos el borde de la cortadura. La mano de la joven aceleró al máximo la palanca de potencia. El motor del vehículo consumió sus últimos gramos de energía.

Un segundo después, ella se ponía en pie y saltaba fuera del vehículo, justo cuando éste iniciaba un desgobernado descenso. La joven tocó el helado suelo y rodó por la pendiente, hasta quedar detenida en una especie de peldaño, situado a pocos metros del borde.

El golpe había sido un poco fuerte y, durante unos segundos, quedó como atontada. Al recobrase, echó un vistazo al termómetro.

La temperatura interior de su traje era ya de -2°C . Murynia estiró las piernas y procuró adoptar una posición cómoda.

El frío invadía rápidamente su cuerpo. Murynia se sintió invadida de un dulce e invencible sopor que, a los pocos momentos, se convirtió en un sueño profundísimo.

* * *

El cazador avanzaba por la llanura con paso medurado, sobre un par de esquís con propulsión autónoma. En sus manos se veía un rifle «Grand Ursus

300», con mira telescópica y que disparaba proyectiles de 15 mm de alta velocidad y gran poder de penetración.

Guy Brenn se sentía cómodo dentro de su traje aislante. Ashktar IV no le gustaba en absoluto, pero aquel gélido planeta podía resultar una pequeña mina de oro para un hombre audaz y no carente de inteligencia.

Detrás de él viajaba su astronave, suspendida a pocos metros del suelo. La velocidad de Brenn en aquellos instantes era de unos diez o doce kilómetros a la hora. Conocía bastante bien la comarca y sabía que no podía fiarse de un suelo que de liso sólo tenía la apariencia.

Unos esquís con propulsión autónoma no eran baratos. Era preciso pues, moverse con cuidado, no fuese a tropezar con algún saliente de hielo, duro como el diamante, que podía romperle uno de los esquís y rebajar considerablemente los beneficios de su viaje a Ashktar IV.

Una voz sonó de pronto en el interior de su casco, provisto de radio:

—Blanco a doscientos veinticinco metros, cinco grados a su izquierda.

Brenn volvió la cabeza. Sí, allí estaba la presa; uno de los famosos zorros moteados ashktorianos, tan grande como un ternero, aunque, por supuesto, no con su mansedumbre.

El cazador puso la rodilla en tierra y apuntó con todo cuidado. La paletilla izquierda del cuadrúpedo quedó en su punto de mira. El rifle vomitó un sonoro

fogonazo.

La detonación se expandió lentamente por la llanura helada, mientras el animal daba un tremendo salto, antes de quedar inmóvil en el suelo.

—Fred, anda a por él —dijo Brenn.

—Sí, señor —contestó la misma voz de antes.

La astronave se movió hacia la izquierda, situándose a los pocos minutos en la vertical del animal muerto. Unos garfios, suspendidos de sendos cables, descendieron del vientre del aparato y el animal fue izado hasta su interior en contados segundos.

—La presa ha pasado a la unidad de desollado automático —informó Fred.

—¿Qué tal es la piel? —preguntó Brenn.

—Las hemos visto mejores, señor, aunque, a pesar de todo, obtendrá un buen precio en el mercado.

—Gracias, Fred. Cuando el animal esté listo, pasa la piel a la unidad de curtición automática.

—Sí, señor.

Brenn continuó su camino. De repente, se encontró en el borde de una zanja de gran anchura. Durante unos momentos, vaciló en desviarse o iniciar la travesía de aquel obstáculo natural.

Inesperadamente vio ante sí, a unos doscientos pasos de distancia, un gran zorro moteado, quizá el mayor de todos cuantos había visto en su vida de cazador. La excitación de capturar la presa le poseyó durante unos segundos.

De súbito, se percató que el animal escarbaba algo con las patas. Parte de la silueta de una persona

apareció ante sus ojos.

La existencia de los zorros moteados era muy dura. Había, por supuesto, otros animales que vivían en aquel desierto de hielo, pero cuando el hambre apretaba, no desdeñaban la carne de seres muertos.

Aquel ser que yacía sobre el hielo era una persona. Brenn no estaba dispuesto a que el zorro devorase sus restos. Aparte de ello, estaba en juego el orgullo de conseguir la que tal vez resultase ser la mejor piel de la cacería.

El proyectil de 15 mm partió raudo, penetró en el pecho del animal y lo atravesó longitudinalmente. El zorro se desplomó fulminado.

—Fred, otra presa —anunció por radio.

—Sí, señor —contestó el tripulante de la astronave.

—Pero estoy viendo el cadáver de un hombre. Voy a investigar.

—Bien, señor.

Brenn descendió la pendiente con grandes precauciones y en sentido oblicuo. Llegó al fondo e inició la ascensión, ayudándose en ocasiones del propio rifle como de un improvisado bastón de esquiar.

Momentos más tarde, se arrodillaba junto a aquel cuerpo caído en el suelo. La luz no era excesiva y Brenn encendió la lámpara de su casco.

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios al contemplar el bellísimo rostro de la mujer, que le pareció dormida plácidamente. Consultó el termómetro que marcaba la temperatura interior del traje y se sintió desolado al ver que sus indicaciones

eran análogas a las del termómetro exterior.

—Pobrecilla —murmuró—. Debió de estropeársele la unidad térmica y pereció congelada.

La astronave se había situado sobre su cabeza. El tripulante izaba ya a bordo el cadáver del zorro.

—Fred —llamó Brenn.

—¿Señor?

—Envíame una unidad de excavación. Quiero enterrar a esta pobre chica.

—Cometerá un error si lo hace, señor —dijo Fred sorprendentemente.

—¿Cómo? —respingó el cazador.

—He visto el cuerpo de la mujer desde hace unos momentos. Conecté el teledetector corporal y he podido captar tres latidos de su corazón. Probablemente, está sumida en estado letárgico. Yo diría que la frecuencia de sus latidos es de uno por cada tres minutos, señor.

Brenn se enderezó. Durante unos segundos, contempló el inmóvil cuerpo de la joven. Se disponía a dar la orden de izarla a bordo cuando, de repente, captó una llamada de Fred:

—Peligro, señor. A doscientos cincuenta metros, justo frente a usted.

Brenn levantó los ojos. Delante de él, a un cuarto de kilómetro, se divisaba un pequeño grupo de hombres armados que corrían hacia aquel lugar a toda velocidad, sobre sus esquíes individuales.

Uno de ellos, de repente, sin pararse, levantó su rifle e hizo fuego.

CAPÍTULO II

La bala silbó peligrosamente cerca del casco del cazador quien, en el acto, se lanzó a tierra. Otro de los desconocidos disparó y su proyectil levantó un turbión de astillas de hielo que volaron en todas direcciones.

Brenn comprendió que lo que estaba en juego era su propia vida. No conocía a los que le atacaban y asimismo ignoraba sus motivos, pero una cosa había clara: simplemente, se trataba de sobrevivir.

En un instante, sacó a relucir su habilidad de cazador. Pocos había tan famosos como él en aquel sector galáctico. Su rifle se incendió y uno de los atacantes, tras una espectacular voltereta, cayó al suelo y allí quedó, completamente inmóvil.

Los demás, tres, vacilaron al ver los resultados de la fenomenal puntería del cazador. Uno de ellos, sin embargo, reaccionando, se lanzó a toda velocidad hacia delante, a la vez que disparaba su rifle en fuego semiautomático.

A Brenn no le gustaba, pero era su propia vida la que estaba en juego. El casco del sujeto voló literalmente en pedazos, junto con su cráneo. El cuerpo, casi decapitado, rodó aparatosamente sobre el suelo helado.

Los dos restantes parecieron sentirse muy impresionados de la fenomenal puntería de aquel individuo y, sin insistir más en sus pretensiones, dieron media vuelta y se alejaron velozmente.

Brenn, sin embargo, no se fió y permaneció

tendido en el suelo durante unos minutos, hasta que los vio desaparecer en el gríseo horizonte. Entonces, se puso en pie y llamó:

—Fred, haz descender una plataforma.

—Al momento, señor.

La nave se situó en la vertical, a unos seis o siete metros de distancia del suelo. Una plataforma, suspendida de una eslinga, llegó al suelo.

Brenn colocó el rifle sobre la plataforma. Luego cargó con el cuerpo inanimado de la joven y se situó en el centro de la plancha.

—Arriba, Fred.

La plataforma ascendió suavemente. Momentos después, Brenn se hallaba en el interior de la astronave, en donde la temperatura era cálida y acogedora.

Brenn condujo a la muchacha hasta su propia cámara, depositándola sobre la litera. Rápidamente, se despojó de su traje térmico y luego, sin más preámbulos, con un afilado cuchillo, cortó el de la bella desconocida.

Una vez despojada de su traje aislante, Brenn pudo ver que ella vestía de una manera muy simple: blusa de manga corta, *shorts* y una especie de botitas de un material muy fino, que llegaban hasta la pantorrilla y que casi parecían unas medias cortas.

El pelo era muy negro y abundante. Su piel, sin embargo, estaba terriblemente fría.

—Fred —llamó.

—¿Señor? —contestó el tripulante.

—¿Qué indicaciones da el sensor de vida activa?

—El ritmo de los latidos ha aumentado, señor. Ahora, el corazón de la mujer late una vez cada dos minutos y cuarenta segundos.

—Diríase que quiere recuperarse, ¿no es así, Fred?

—En efecto, señor; y de seguir al ritmo actual, yo calculo que la vuelta a la conciencia se producirá en el término de un plazo superior a siete horas e inferior a siete horas y quince minutos.

—Eres muy preciso, Fred —sonrió Brenn.

—Simplemente, he establecido un cálculo a base de los intervalos entre los primeros latidos detectados y los que se registran en el momento actual.

—Ya entiendo. Fred, ¿necesita la mujer algún cuidado especial? —consultó el cazador.

—Simplemente, reposo, un suministro regular de oxígeno y temperatura normal, señor.

—Gracias, Fred. Tendremos que alejarnos de Ashktar IV. Establece un rumbo para una órbita en dirección a Nearee II.

—Sí, señor.

Brenn contempló a la muchacha una vez más. Luego, maquinalmente, se frotó la mandíbula.

—Tengo que afeitarme —murmuró.

Debía estar presentable para cuando despertase aquella hermosa muchacha, de la cual no sólo ignoraba su nombre, sino los motivos por los cuales había aparecido exánime en la llanura, a punto de morir por congelación.

* * *

Murynia abrió los ojos y los volvió a cerrar. Al cabo de unos momentos, los abrió de nuevo y sus

pupilas pudieron resistir la tenue luz que iluminaba el ambiente.

En pie, frente a ella, un hombre joven, alto y fornido, de unos treinta y dos años, la contemplaba sonriente. Murynia se sentía débil y presa de una gran laxitud, pero, aparte de ello, no percibía en su organismo ningún síntoma pernicioso.

—Hola —oyó al hombre—. Soy Guy Brenn. ¿Se encuentra mejor, señorita?

—Sí... Yo..., soy Murynia de Vyrr... Usted me ha encontrado..., en el desierto de hielo...

—En efecto, así es —confirmó el joven—. Creí que estaría muerta, pero nuestros sensores captaron latidos de su corazón y decidí transportarla a mi astronave.

Alguien entró en la cámara, portador de una bandeja, sobre la que se veía un tazón humeante.

—Es Fred, mi sirviente, amigo, consejero y calculadora, todo en una pieza —presentó Brenn jovialmente—. Fred, la señorita Murynia de Vyrr.

—Encantado, señorita —dijo Fred con voz grave e impersonal.

—Un... robot... —adivinó.

—En efecto —admitió Brenn—. Para un tipo como yo, es la mejor compañía. Pero ahora se va a tomar un tazón de caldo, que la pondrá como nueva. Un remedio muy antiguo, aunque siempre efectivo —añadió.

La bebida hizo retornar los colores al pálido rostro de la muchacha. Murynia dirigió a su salvador una cálida sonrisa de agradecimiento.

—Ahora me encuentro mucho mejor —dijo.

—De eso, no me cabe la menor duda —manifestó Brenn—. Lo que sí me extraña es que haya podido sobrevivir a tan bajísimas temperaturas. Por lo que pude apreciar, usted llevaba ya horas, tal vez días, tendida sobre los hielos... Una persona normal, a la que le falla el sistema de calefacción, muere poco menos que instantáneamente.

—Tampoco yo comprendo del todo cómo he logrado sobrevivir —confesó Murynia—. Sé que el sistema de propulsión de mi trineo se averió y que lo mismo pasó con la unidad térmica de mi traje. Pero alguien sospechó que podía ocurrir y me proporcionó una píldora hibernativa. Por eso he sobrevivido.

—Es decir, las averías fueron provocadas deliberadamente —se asombró el cazador.

—Así tuvo que ser, en efecto.

—El que le dio esa píldora hibernativa le hizo un gran favor, sin duda. Pero, ¿cómo sabía él que usted se perdería en la llanura helada?

—Lo ignoro. Fue hace días, en vísperas del sorteo.

—¿Sorteo? —Brenn se sentía cada vez más extrañado.

—Sí. En Trimaq, que es la región de donde procedo, existe la costumbre de elegir una joven para madre del futuro rey, cuando el que está actualmente en el trono no ha tenido descendencia. Simplemente, yo no estaba conforme con ese sistema y, cuando la computadora señaló mi nombre, me dispuse a escapar de nuestro pueblo.

—Hombre, ser madre de un rey no es tan malo —sonrió el cazador.

—Por supuesto que no, incluso aceptando la obligación de convertirse en la mujer del rey..., digo mujer del rey, no reina, ¿me entiende?

—Si, perfectamente. Continúe.

—Lo malo del sistema es que la madre es ejecutada apenas ha alumbrado a su hijo —declaró Murynia dramáticamente.

Brenn se quedó con la boca abierta.

—¡Qué país! —exclamó—. Los mayores adelantos..., y las mayores salvajadas también.

—Eso no es propio de seres civilizados. Por tanto, en cuanto supe que yo iba a ser la mujer del rey, escapé. Mi amigo había previsto lo que podía suceder y por ello me proporcionó la píldora hibernativa.

—Pero hay una cosa que no entiendo. Usted escapaba. Por tanto, lo lógico, era intentar capturarla y no tratar de matarla.

—Tampoco yo lo comprendo —dijo Murynia—. Pero así sucedió, señor...

—Llámeme Guy, los tratamientos estorban. Bueno, en todo caso, sus preocupaciones han cesado ya, Murynia. —Brenn sonrió—. Ahora viajamos rumbo a Nearee II. Allí será una mujer libre y no tendrá obligación de dar hijos sino al hombre a quien ame.

Murynia sonrió también.

—Eso tardará aún en llegar, Guy —contestó—. Por cierto, ¿qué hacía usted en Ashktar IV?

—Soy cazador de zorros moteados —declaró él—. Sus pieles se pagan muy caras. Imagínese, un animal capaz de resistir temperaturas de setenta u ochenta grados bajo cero... Pero esto es lo de menos; el

principal atractivo de una piel de zorro moteado es su belleza.

—Tengo entendido que cazar zorros moteados es algo prohibido por la ley —observó Murynia.

Brenn se encogió de hombros.

—Tantas cosas prohíben las leyes actuales... —contestó con sorna—. Pero a mí no me preocupa, aunque, si he de decirle la verdad, tampoco soy sólo cazador. A veces hago transportes especiales con mi astronave.

—Guy, dispense mi franqueza, pero sospecho que es usted contrabandista —manifestó la muchacha.

Brenn lanzó una alegre carcajada.

—Es preciso vivir —contestó—. Bueno, no quiero seguir molestándola más, Murynia. Ah, una cosa... ¿Conoce a alguien en Nearee II?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, Guy —dijo.

—Bueno, no se preocupe; le daré algo de dinero y usted podrá iniciar una nueva vida libre de esas estúpidas tradiciones de Ashktar IV. Ahora descanse y no se preocupe más. Está entre amigos, aunque uno de ellos sea un robot.

Murynia sonrió. Brenn abandonó la estancia.

Ella cerró los ojos, estirándose voluptuosamente en la cama.

Había salvado la vida y ello se lo debía a Rukyvan. Pero no conocía aún los motivos y, tal como se desarrollaban los acontecimientos, dudaba mucho de llegar algún día a conocer las causas por las cuales aquel buen hombre había salvado su existencia.

Y quizá también llegase a saber por qué habían querido matarla, en lugar de capturarla nuevamente, a fin de que ocupase su puesto en el lecho del rey de Trimaq. Pero ahora estos problemas no tenían interés alguno para ella.

Sin saber cómo, se durmió plácidamente, mientras la astronave volaba a velocidades fantásticas en dirección a Nearee II.

CAPÍTULO III

Las chicas cantaban, bailaban y tenían una bonita figura, todo lo cual agradaba notablemente a Brenn. Había una de ellas, sobre todo, la más alta, quinta a contar desde el extremo izquierdo de la fila, que le gustaba extraordinariamente.

Con moderado optimismo, Brenn pensaba que también él gustaba a la chica. Ya habían intercambiado un par de guiños y Brenn empezaba a especular con la mejor forma de concertar una cita para después de la sesión de cante y baile.

De pronto, alguien se sentó a la mesa que ocupaba.

—¿Le gusta el espectáculo, Guy? —preguntó el recién llegado.

Brenn miró al individuo, bajo, cuadrado, de pelo cortado a escuadra y mandíbula granítica. A pesar de que vestía ropas civiles, lo reconoció en el acto.

—Coronel Hernández —dijo.

—Veo que tiene buena memoria, Guy —dijo el otro—. Le felicito sinceramente.

—Mi memoria es de elefante, coronel. Todavía recuerdo el tropiezo que tuve con sus hombres...

—Estuvo a punto de tener, que es muy diferente. No sé cómo se las arregló, pero consiguió despistarlos.

—Y ahora, usted, lógicamente, viene a arrestarme.

Hernández jugueteó con el propio vaso de Brenn.

—Voy a hacerle un chantaje, Guy —declaró.

—¡Qué frescura! —se escandalizó el cazador—. Y lo dice sin el menor rubor, claro.

—Con toda desvergüenza, para ser más exactos.

—Bien, y..., ¿en qué consiste ese chantaje, coronel?

Los ojos de Hernández tenían una mirada penetrante. A Brenn le pareció que le taladraban el cerebro.

—Treinta pieles de zorro moteado, por las cuales, estimo, está a punto de cobrar casi un millón de créditos —dijo.

—No sé nada de zorros moteados, coronel.

Hernández no se inmutó.

—La piel de zorro moteado tiene un enorme valor en el mercado, no sólo por su escasez, sino por su belleza —manifestó—. Con dos de ellas, una mujer puede hacerse el abrigo más vistoso de toda la galaxia. Pero la caza del zorro moteado está severísimamente prohibida. Los contrabandistas pueden recibir sentencias de hasta doce años de prisión. ¿Sabe usted dónde cumplen la condena?

Brenn se estremeció.

—Es usted sádicamente cruel —dijo—. Por nada del mundo querría ir a la Casa del Hielo, allá en los límites de Trimaq.

—Bien, en tal caso, ir o no a la Casa del Hielo es asunto suyo, Guy —declaró Hernández, que no abandonaba su impasibilidad un solo instante—. Pero antes de continuar, ¿por qué no me invita usted a un trago?

—Ah, además, he de ser yo quien pague el gasto —se sulfuró el cazador.

Hernández sonrió por primera vez.

—En la Casa del Hielo está totalmente prohibido el

alcohol —dijo, a la vez que agitaba la mano para llamar a una camarera que pasaba cerca de ellos.

La mujer se acercó. Preocupado, Brenn no se dio cuenta de su identidad hasta que ella lanzó una viva exclamación:

—¡Guy!

El joven alzó la vista. Su sorpresa fue enorme al reconocer a la muchacha a la que había salvado la vida meses antes en el desierto helado.

—¡Murynia! —dijo, atónito.

* * *

—Parece que se conocen —observó Hernández, socarrón—, Aunque tratándose de usted, lo raro sería que no conociese a todas las chicas guapas de Nearee II. Señorita, dos copas, por favor —ordenó.

—Al momento, señor. Luego hablaremos, Guy —dijo Murynia.

—Si, por descontado —accedió Brenn.

Sin saber por qué, se había sentido repentinamente disgustado. Murynia vestía el «uniforme» común a todas las camareras del local: treinta centímetros cuadrados de tela estratégicamente distribuidos en su cuerpo. Dada la singular esbeltez de su figura, el conjunto resultaba sumamente atrayente, pero a Brenn le pareció que había demasiada piel al descubierto.

Murynia trajo las bebidas. Hernández levantó su copa.

—Salud. Y suerte —deseó a su interlocutor.

—Lo de salud, lo entiendo. Pero, ¿qué quiere decir con lo de suerte, coronel? —preguntó Brenn.

—La necesitará usted, Guy. Si salva el pellejo,

podrá disfrutar del millón de créditos que le van a dar por sus pieles.

—Juraría que usted trata de encomendarme una misión «sucias», uno de esos trabajos que ni siquiera es capaz de encomendar al más desaprensivo de sus hombres, coronel.

—Así es —reconoció Hernández sin pestañear—. ¿Ha oído hablar de las últimas mareas gigantescas de Paradise?

—Algo he oído, en efecto. Creo que ha habido centenares de muertos.

—Decenas de miles de muertos está mejor dicho, Guy. Mareas gigantescas, tifones de violencia inaudita..., en fin, una serie de fenómenos meteorológicos que no tienen explicación posible para los científicos, sobre todo, en un planeta como Paradise. El nombre no podía estar mejor aplicado, usted lo sabe tan bien como yo, Guy.

—Paraíso —murmuró Brenn—. Sí, ese planeta es un Edén, como debió de ser el nuestro hace algunos millares de años. De modo que esos fenómenos no tienen explicación —añadió.

—Según lo que se conoce de la historia de Paradise, no, porque nunca había sucedido nada semejante, al menos desde que sus habitantes tienen memoria. Sólo podrían explicarse mencionando una inusitada atracción gravitacional de otro planeta o cuerpo celeste, como, en escala infinitamente menor, sucede en la Tierra con la Luna. Usted ya sabe que la atracción lunar es la causa de las mareas terrestres, sin contar con la del Sol...

—Sí, lo sé, pero también en Paradise había mareas corrientes y nunca moría la gente como moscas.

—Excepto ahora, en que las mareas han provocado olas de hasta veinticinco metros de altura y las aguas se han adentrado, en ocasiones, hasta un centenar de kilómetros de la costa, con las destrucciones, en vidas y haciendas, que usted se puede imaginar. Pero los tifones no han sido debidos solamente a súbitas alteraciones barométricas, sino que, increíblemente, se deben también a lo que los expertos han dado en llamar mareas atmosféricas.

Brenn se quedó con la boca abierta.

—Usted bromea, coronel —rezongó.

Hernández meneó la cabeza.

—La cifra total de muertos ronda los setenta mil, Guy —contestó—. Las agitaciones de la atmósfera de Paradise tienen el mismo origen que las mareas.

—En tal caso, se podría decir que un planeta se ha salido de su órbita, ¿no es así?

—Se ha salido..., o lo han sacado, que es muy diferente, Guy.

* * *

Brenn agarró su copa y la vació de un trago.

—¿Quiere decirme que alguien es capaz de modificar la órbita de un planeta?

—A lo que parece, así es, Guy —confirmó Hernández, impasible—. No ha debido de ser cosa sencilla ni tampoco de un día, pero los informes que tenemos al respecto son concluyentes: la alteración de esa órbita, mínima por ahora, es la que ha originado las catástrofes de Paradise.

—Alguien está actuando con una tecnología increíblemente avanzada —comentó Brenn—, En tal caso, ¿cuál es el planeta que está fuera de su órbita?

—¿Cuál es el más cercano a Paradise, Guy?

—Ashktar IV —respondió el cazador en el acto.

—Ya tiene usted la contestación —sonrió Hernández.

—Bien, pero no acabo de entender qué tengo yo que ver con...

—Es muy sencillo, Guy, Tiene que averiguar quién provoca esas alteraciones en la órbita de Ashktar IV y descubrir el o los lugares donde están los mecanismos que han provocado semejantes alteraciones en su trayectoria celeste.

—Oiga, usted tiene tipos muy competentes en su departamento, coronel —alegó Brenn.

—Dos de ellos han muerto ya. No puedo arriesgarme a enviar el tercero, Guy.

Brenn respingó.

—Eso significa que usted no me quiere bien, coronel —se quejó.

—No mucho, a decir verdad. Pero olvidaré su última expedición en busca de pieles de zorro moteado si accede a tomar parte en esta misión.

—Y si no, me enviará a la Casa del Hielo.

—Por doce años, como mínimo, Guy.

—No me deja usted mucho campo para elegir, coronel.

—Le doy dos alternativas: ir a Ashktar IV libremente..., o encadenado, hasta que esté en la penitenciaría. A su vuelta, claro está, podrá disfrutar

del producto de la venta de sus pieles.

—¿Y si me matan?

Hernández rio casi siniestramente.

—Guy, a partir de ahora voy a rezar por los que están organizando esas perturbaciones orbitales —contestó.

—Gracias por el elogio, aunque a mí no me satisface en modo alguno. Coronel, supongamos que consigo mi objetivo. ¿Qué deberé hacer entonces?

—Usted me informará, yo pasaré mis informes a quien corresponda y entonces, si no hay otra solución, bombardearemos esas instalaciones desde el espacio.

—Ya entiendo. Sin embargo, necesitaría muchísimos más datos...

Hernández se puso en pie.

—Le aguardo mañana en mi despacho, a las diez en punto —se despidió sobriamente.

Brenn quedó solo, dándose amargamente a todos los diablos. Insultó a Hernández con todo el repertorio de su vocabulario, que no pecaba de corto, ciertamente, y luego, para calmarse un poco, pidió la tercera copa de la noche.

Hernández le había aguado la fiesta, se dijo. Las bailarinas se habían retirado ya, de modo que ni pensar en la posible cita con la quinta de la fila.

Pero tal vez se pudiera consolar con Murynia. Y, además, sentía una viva curiosidad por saber cómo diablos había llegado la muchacha hasta aquellos parajes.

Murynia trajo la copa y la nota de todas las consumiciones.

—¿Cuánto tardarás en salir? —preguntó Brenn, tuteándola sin más rodeos.

—Una media hora, Guy.

—Por la puerta de servicio, naturalmente.

Ella sonrió.

—Sí —confirmó.

CAPÍTULO IV

Hacía un poco de fresco y Brenn se subió el cuello de pieles de su chaquetón. Por el día, sin embargo, reinaba una temperatura agradable.

Brenn se daba a todos los diablos. Ahora, terminada la operación de venta de las pieles, pensaba irse hacia el Sur, en busca de una playa cálida y soleada, a descansar algunas semanas. El inesperado encuentro con el coronel Hernández había trastornado sus planes por completo.

Faltaban unos diez minutos para que saliese la muchacha. Brenn se imaginaba que ella tardaría acaso un poco más, entreteniéndose en arreglarse. Por otra parte, tampoco tenía a donde ir, de modo que decidió tomárselo con filosofía.

La puerta de servicio estaba en un callejón lateral, escasamente iluminado, junto al fondo. Desde allí, Brenn podía divisar los velocísimos automóviles que se deslizaban a sólo unos pocos centímetros del suelo, por la avenida cercana. La capital de Nearee IX tenía una intensa vida nocturna y ello era lógico, dado que el planeta era un centro comercial de primer orden en aquella región de la galaxia.

De repente, Brenn divisó a dos hombres que se adentraban por el callejón. Prudente, se apartó un poco de la puerta, suponiendo que tal vez eran dos empleados que iban a tomar el último turno de la noche.

Inesperadamente, uno de ellos sacó un tubito del

bolsillo de su chaquetón de pieles y, tras llevárselo a la boca, sopló en dirección al rótulo luminoso que había sobre la puerta. El rótulo estalló y la oscuridad se hizo en el callejón.

Entonces, una voz dijo:

—Anda con él, Sjuick.

Brenn se quedó paralizado por el asombro en el primer instante. Pero, casi en seguida, vio que el otro sujeto se le arrojaba encima, blandiendo lo que parecía un puñal de tremendas dimensiones.

La mano izquierda del joven se disparó instantáneamente, atenazando la muñeca de su atacante, de cuyos labios se escapó un gruñido de sorpresa. Mientras forcejeaba con su enemigo, Brenn no pudo ver, con el rabillo del ojo, que el otro maniobraba para sorprenderle por la espalda.

Los dos sujetos iban armados de idéntica manera, al parecer. De súbito, Brenn hizo un brusco esfuerzo y Sjuick giró un cuarto de vuelta a su izquierda.

Su espalda quedó justo frente al puñal de su compinche, quien ya descargaba el golpe. Brenn oyó un estremecedor chasquido y, en la penumbra, pudo ver la súbita deformación del rostro de su adversario.

El cuerpo de Sjuick flaqueó. Su compañero, aturdido por lo ocurrido, no acertaba a reaccionar.

Brenn se apoderó del puñal de Sjuick antes de que cayera al suelo. Con el arma en la mano, se preparó para repeler el ataque del otro, pero, inesperadamente, el individuo dio media vuelta y escapó a toda velocidad.

Con la manga izquierda, Brenn se limpió el

abundante sudor que corría por su frente. Todavía tenía el puñal en la mano y, de pronto, sin darse cuenta, oprimió el mango más de la cuenta.

Sonó un fuerte chasquido. Lleno de asombro, Brenn vio que la hoja del puñal se dividía en tres, afiladas como navajas de afeitar, separándose en sentido divergente respecto al mango. Entonces reconoció el arma.

—Un puñal trifoliado —murmuró.

Era un horrible instrumento de muerte. Al penetrar la hoja en la carne y dividirse en tres, se producían espantosas heridas, de las que comúnmente no había salvación. Todavía estaba contemplando el arma con ojos de pasmo, cuando, de pronto, sonó la voz de Murynia a su lado:

—¡Guy! ¿Qué haces? ¿Qué ha ocurrido?

El joven reaccionó y se volvió hacia ella.

—Han intentado matarme —respondió—. No he tenido más remedio que defenderme.

Ella contempló el arma con curiosidad no disimulada.

—Es un puñal ashktariano —identificó.

—Justamente. Ahora se fabrican en muchos sitios, pero es en tu planeta donde se construyeron los primeros. Pero no entiendo por qué intentaron liquidarme.

Murynia contempló un momento el cuerpo tendido en el suelo.

—¡Es Sjuick! —exclamó de pronto.

—¿Lo conocías? —preguntó él.

—Demasiado bien. —Murynia se mordió los labios

—. Guy, creo que debemos marcharnos cuanto antes de este lugar.

—Me parece estupendo, pero, ¿adónde vamos, Murynia?

—¿Qué te parece mi apartamento, Guy?

* * *

Murynia se quitó el chaquetón de piel al entrar en el piso y el joven pudo ver, no sin cierta satisfacción, que ella vestía ahora de un modo muy distinto, incluso más atractivo: blusa negra muy ajustada, pantalones rojo oscuro y botas de media caña. El apartamento era pequeño, corriente, sin nada sobresaliente en su decoración.

—Es lo más barato que encontré —explicó ella, dándose cuenta de las miradas de su invitado.

—Está bien —aprobó Brenn—. Pero no me imagino a una princesa de los hielos sirviendo bebidas en una taberna, por muy renombrada que sea.

Murynia se echó a reír.

—¿Podía elegir? —respondió, mientras preparaba dos copas—. No son demasiadas las cosas que sé hacer y el dueño me aceptó en el acto. El sueldo es bueno y las propinas abundan, Guy. Hay que vivir, compréndelo.

—No te lo reprocho —dijo él—. Sólo me asombro aunque ya me he acostumbrado. ¿Piensas volver algún día por Ashktar IV? —preguntó, inopinadamente.

Murynia hizo un gesto negativo.

—Ni lo sueñes —contestó—. Es un mundo gélido inhóspito, donde no se ve el sol ni una docena de días al año... Aparte de ello, está mi problema personal con

Kaddydon, el rey de Trimaq, Guy.

—¿Subsiste el problema?

—Sospecho que sí. Sjuick y su compinche venían, seguramente, con intención de raptarme.

—Y se encontraron conmigo.

—Así fue. Aunque no comprendo cómo pudieron reconocermelo. Nunca he estado en Trimaq, Murynia.

—Ellos saben que me rescataste de los hielos. Han tenido que averiguarlo forzosamente, al cabo de los meses. Con toda seguridad, no tenían órdenes concretas hacia ti, pero al encontrarte en la puerta de la taberna, se imaginaron fácilmente lo que hacías allí y decidieron suprimirte.

—Les ha costado caro —dijo Brenn—. Dos allí y uno aquí... Eso les hará saber que soy un enemigo peligroso.

—Ellos también lo son, Guy; sería muy conveniente que lo tuvieras presente.

—No lo olvidaré. —De pronto, Brenn se echó a reír—. Es curioso, dentro de pocos días tendré que volver a Ashktar IV.

Murynia se sintió asombrada por las palabras del joven.

—¿Es que no tienes bastante con las pieles que conseguiste en tu último viaje? —exclamó.

—No voy de buena gana, todo sea dicho —respondió él—. Me obligan a ir, que no es lo mismo.

—¿Pueden hacerlo, Guy?

—Si no voy a tu planeta, por mi voluntad, me llevarán esposado, para pasar doce años en la Casa del Hielo, Murynia.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Han descubierto tu contrabando, ¿eh? —dijo.

—El coronel Hernández es un águila. Pocas cosas se le escapan en su sector, Murynia.

—No le conozco —manifestó la joven—. ¿Qué hay en Ashktar IV para interesarle tanto a ese oficial?

Brenn hizo un gesto vago.

—Ciertas instalaciones secretas o algo por el estilo —contestó.

—Oh —exclamó Murynia—, entonces, sin duda te refieres a la fábrica de la Gran Cordillera.

Brenn estaba sentado en un diván y se incorporó bruscamente al escuchar aquellas palabras.

—¿Una fábrica, has dicho? —exclamó—. ¿La has visto tú, Murynia?

—No, Guy, aunque he oído hablar de ella. Tengo entendido que es algo colosal..., pero no puedo facilitarte más datos.

—¿Estás segura? —insistió él.

—En Trimaq se hablaba en voz baja de esa fábrica. Muchos de los hombres desaparecieron y se murmuraba que los habían llevado allí a la fuerza, como operarios, claro. Pero la Gran Cordillera es un lugar todavía peor que el desierto de hielo en que me encontraste y no es lugar que me agrade frecuentar.

—Ya entiendo —murmuró Brenn—. De todas formas, puede ser un dato importante para el cumplimiento de mi misión, Murynia.

Ella le dirigió una atractiva sonrisa.

—Te deseo mucha suerte, Guy —manifestó—. Ven a verme cuando regreses; a fin de cuentas, no olvido

que te debo la vida.

Brenn comprendió que ella le despedía y se dirigió hacia la puerta.

—Creo que te veré antes de lo que piensas —dijo—. A fin de cuentas, no voy a zarpar mañana hacia Ashktar IV.

* * *

A Brenn le gustaba la buena vida y por ello se alojaba en uno de los mejores hoteles de la capital. Al día siguiente, cuando atravesaba el vestíbulo, alguien tropezó con él inesperadamente.

—Oh, dispénsame —oyó una dulce voz femenina.

Brenn volvió la cabeza. Pegada a él, una mujer hacía esfuerzos por librar un valioso alfiler de adorno que se había enganchado en sus ropas a causa del tropezón.

—Soy una distraída —dijo la joven—. Y este broche, tan inoportuno...

—Todo lo contrario, señora —sonrió Brenn—. Así estoy más rato junto a usted.

Ella le dirigió una subyugadora mirada, a pocos centímetros de sus ojos, mientras continuaba forcejeando con el broche. De pronto, al arrancarlo, la aguja hirió levemente a Brenn en la piel del cuello.

—¿Le he hecho daño? —preguntó, consternada.

Brenn se pasó la yema de los dedos por el lugar del arañazo.

—¿Por qué no engancha de nuevo el broche? —solicitó, audazmente.

La mujer se echó a reír.

—No sabe cuánto celebro su buen humor,

caballero —dijo—. Perdón, no me he presentado. Soy S'salnie Tharduz.

—Guy Brenn —contestó él—. Señora, ha sido un placer conocerla. ¿Sería incorrecto preguntarle si se aloja en este hotel?

S'salnie sonrió.

—Por breves días, señor Brenn —contestó, a la vez que se despedía con una leve inclinación de cabeza.

Ella se alejó. Brenn se quedó contemplándola durante unos instantes, hasta verla perderse de vista en uno de los ascensores.

—Una mujer realmente hermosa —comentó para sí, a la vez que reanudaba su camino.

CAPÍTULO V

—Si hay alguien que es capaz de desviar la órbita de Ashktar IV, a la fuerza debe de emplear unos medios excepcionales, ¿no es así, coronel?

Hernández asintió.

—Máquinas de increíble potencia, por supuesto —contestó.

—Las cuales han sido fabricadas en alguna parte, no enteras, lógicamente, sino por piezas.

—Parece razonable —convino Hernández.

—Pero, además, el combustible que mueve la planta de fuerza debe de ser elaborado en alguna parte. ¿O lo transportan hasta la Gran Cordillera?

—No tenemos noticias de un tráfico de astronaves hacia y desde Ashktar IV superior a lo normal —contestó Hernández.

—Por tanto, el combustible es elaborado en la propia fábrica, que debe de ser autosuficiente en todo.

—Es muy probable, en efecto. Incluso quizá dispongan de una planta de transformación por separación molecular.

—He oído hablar de esas fábricas, pero no sé cómo funcionan —dijo Brenn.

—Con palabras vulgares, puedo ponerle el ejemplo del cedazo y del imán. Supóngase usted que hago pasar tierra y limaduras de hierro a través de un cedazo, que dispone de un imán. Las partículas de tierra serán tanto más pequeñas cuanto más diminutos sean los intersticios del cedazo y lo mismo sucederá

con las limaduras de hierro, pero éstas no caerán al suelo, porque serán atraídas por el imán.

Brenn hizo un gesto de asentimiento.

—Voy comprendiendo —dijo—. Prosiga, coronel.

—En tal caso, la fábrica de transformación por separación molecular es una especie de cedazo gigantesco, pero no referido ya solamente a polvo del suelo y limaduras de hierro, sino a todos los minerales. La tierra es pulverizada a nivel molecular y hecha pasar por diversos conductos en los que se encuentran los separadores, que no son imanes, necesariamente. El imán de que le hablé antes fue sólo un ejemplo, Guy.

Brenn se rascó el cuello.

—Me pica —dijo, a la vez que torcía el gesto—. Pero no es nada, sólo un arañazo. Siga, siga, coronel.

—Bien, cada separador se queda con las moléculas de un determinado mineral, agrupándolas luego y formando con ellas un lingote de dicho mineral en estado absolutamente puro: hierro, cromo, níquel, oro, plata, cadmio, titanio, uranio... Usted sabe que en un bloque de piedra pueden encontrarse muestras de todos o casi todos los elementos minerales que existen en el universo, cuanto más en una fábrica que emplea en su planta transformadora miles o quizá millones de toneladas de tierra y roca.

—Y de ahí obtienen el hierro, el cobre, el uranio...

—No olvide usted la sílice, con la que se hace el vidrio —sonrió Hernández—. Añada el aluminio y, ¿cuántos elementos más entran en la construcción de una astronave, por ejemplo?

—Salvo los orgánicos, muy pocos, desde luego.

—Por eso quiero que vaya a Ashktar IV —dijo Hernández—. Averigüe lo que pasa allí, entérese de cuanto suceda y vuelva con informes de valor. Ganará un millón, créame.

Brenn volvió a rascarse el cuello.

—Vaya una picazón —murmuró—. Coronel, al menos ya tengo una buena información —añadió—. Sé, más o menos, dónde está esa fábrica.

Hernández le contempló con interés.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Una muchacha encantadora... Esta picazón me va a volver loco —dijo el joven, repentinamente exasperado.

Hernández se puso en pie, dio la vuelta a su mesa y se acercó a Brenn.

—Déjeme ver su cuello —pidió.

El joven accedió. Hernández miró el rasguño, con el ceño fruncido. Luego, de pronto, dio media vuelta y se dirigió a su mesa. Tocó un timbre y dijo:

—Schuster, llame a Sanidad. Díganles que preparen la Unidad Antitóxica; hay un caso de envenenamiento por «curare-2».

—Sí, señor.

Brenn sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Ha dicho «curare-2», señor? —preguntó.

—Exactamente, Guy, y como los médicos no actúen pronto en su caso, temo que el departamento habrá de incluir el importe de una corona de flores en su cuenta de gastos —respondió Hernández, impasible.

La habitación empezó a dar vueltas en torno al joven. Hernández, aunque tenía diez años más que él,

seguía siendo un hombre fuerte y pudo retenerlo en sus brazos sin dificultad, para evitar que se estrellara contra el suelo.

* * *

La conciencia volvía lentamente, con oleadas alternativas de lucidez y de sueño. Finalmente, Brenn pudo abrir los ojos y se dio cuenta de que estaba en la cama, vestido con un mono sanitario y cubierto por las sábanas.

Dos rostros le contemplaban con interés. Uno de ellos pertenecía al coronel Hernández.

El otro le resultó desconocido, pero, a juzgar por sus ropas, adivinó que era médico. Este le tomó el pulso y luego se volvió hacia Hernández.

—Su hombre está salvado, coronel —dijo.

—Gracias, doctor. Sinceramente, creí que se nos iba al otro barrio.

—Poco le ha faltado. Bien, déjelo descansar todavía unas horas y luego podrá interrogarle a fondo —aseguró el galeno.

Brenn cerró los ojos, pero ahora sabía que se dormía de un modo completamente natural. Cuando los abrió de nuevo, se sintió mucho más aliviado.

Hernández estaba todavía en la habitación. Una enfermera vino con un tazón de alimento líquido, que el paciente ingirió casi afanosamente.

—Ha salvado el pellejo, amiguito —dijo Hernández, cuando la enfermera se hubo ido.

—Parece que usted se ha ahorrado el gasto de una corona de flores —respondió Brenn—. ¿Qué es el «curare-2», jefe? —preguntó de repente.

—Lo mismo que el curare ordinario, sólo que de efectos mucho más retardados.

—Debería de ser instantáneo, ¿no cree? El curare corriente tarda algunos minutos en causar sus efectos mortales.

—Sí, pero el «curare-2» se emplea cuando el asesino quiere disponer de tiempo para largarse y la víctima no tiene a mano una buena Unidad Antitóxica que le renueve totalmente la sangre en un breve espacio de tiempo. Si usted y yo, por ejemplo, hubiéramos estado conversando en la taberna en que nos vimos anoche, ya no habría tenido escapatoria, porque no hubiera habido tiempo material de ponerle a usted en manos de los médicos.

—Disponen de su propio hospital, ¿no es así?

—En efecto —convino Hernández—. No es que le tenga a usted especiales simpatías, pero en este caso me convenía salvarle la vida.

—Gracias por su generosidad, coronel —dijo Brenn cáusticamente—. A propósito, tengo cuenta corriente en el Banco Intergaláctico. Pásame allí la factura de los gastos de clínica.

—Oh, quizá lo haga; nuestros presupuestos son muy limitados, ¿sabe? —respondió el otro con acento voluble—. Pero, ¿quién le propinó el arañazo a través del cual entró el «curare-2» en su sangre?

Brenn pensó inmediatamente en el «fortuito» encuentro con S'salnie. Sin saber por qué, decidió guardar la información para sí.

—No tengo la menor idea, coronel —mintió. Hernández suspiró.

—Tengo una visita para usted —manifestó—. Por cierto, ella ya me ha facilitado los datos sobre la fábrica de la Gran Cordillera, que usted no pudo enviarme.

—Ah, ha venido a verme —sonrió Brenn.

—En efecto.

Hernández se dirigió hacia la puerta, pero el joven le llamó la atención repentinamente:

—Coronel.

Hernández se volvió y le miró. Brenn continuó:

—Voy a darle una idea. Procúrese un mapa lo más detallado posible de la Gran Cordillera; si lo encuentra a escala 1:25.000, mejor que a 1:50.000. Es de suponer que la fábrica haya sido muy bien enmascarada o quizá sea subterránea, pero ya es más difícil ocultar los huecos que produce la remoción de millones de toneladas de roca. Con un satélite espía, convenientemente aislado contra detecciones, podrá obtener una información magnífica, coronel.

—Me pregunto por qué no le dejo mi puesto —dijo Hernández—. Esa idea no se me había ocurrido a mí, palabra.

—No le cobraré «royalties» por los derechos de explotación comercial —aseguró Brenn con mordacidad.

Hernández abrió la puerta. Murynia estaba sentada en la habitación contigua y se puso en pie al ver al coronel.

—Puede entrar, señorita De Vyrr —invitó Hernández.

Murynia se acercó a la cama. La puerta se cerró

tras ella.

—Gracias por venir a verme —dijo Brenn.

—Me pareció correcto —respondió ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Recuperado. Creo que pronto podré irme de aquí. ¿Quién te dio la noticia?

—Un hombre vino a verme de parte del coronel Hernández y me interrogó. Luego, a los pocos días, volvió a visitarme y me contó lo ocurrido. Entonces le dije que yo quería venir a verte, pero tú no te habías repuesto aún.

Brenn hizo un gesto de extrañeza.

—Parece que he estado muchos días inconsciente —observó.

—Diecinueve —puntualizó ella—. El coronel me dijo que, cuando empezaron los médicos contigo, no daban por tu vida una centésima de crédito.

—Diablos, sí que lo he pasado mal. Aquella mujer, por lo visto, tiraba a degüello.

—¿Qué mujer, Guy? —inquirió Murynia.

—No la he visto nunca. Sólo sé su nombre: S'salnie Tharduz.

Los ojos de la muchacha se dilataron enormemente.

—¡S'salnie! —exclamó.

—¿Cómo? ¿La conoces tú? —dijo Brenn, no menos sorprendido que la muchacha.

—Es uno de los ministros, si así se puede llamar, de Kaddydon, rey de Trimaq —contestó Murynia—. Muy astuta y no conoce la piedad.

—Las serpientes, bien mirado, también son bellas

—gruñó él—. Cuando esté mejor, ajustaremos cuentas, te lo aseguro.

—¿Sabes siquiera si ella continúa en la ciudad?

Brenn hizo un gesto ambiguo.

—Un día u otro la encontraré —respondió—, Murynia, tengo que ir a tu planeta. Me gustaría encontrarte de nuevo a mi regreso.

Ella sonrió deliciosamente.

—Aquí me tendrás cuando vuelvas —respondió.

CAPÍTULO VI

Murynia volvió a su apartamento, abrió la puerta y se encontró de frente con dos hombres de tétrico aspecto.

Los ojos de la muchacha expresaron terror durante un instante. Conocía bien a aquellos individuos y sabía que pertenecían a la cohorte de ejecutores fríos y despiadados de Kaddydon.

Inmediatamente, adivinó sus propósitos. Estaba desarmada y, por tanto, al no poder luchar contra ellos, sólo le quedaba un recurso: la huida.

Murynia giró sobre sus talones. Casi en el acto, uno de los sujetos disparó un pequeño dardo, por medio de un tubito apenas mayor que un lápiz.

La muchacha sintió un pinchazo en el hombro izquierdo. Instintivamente, echó una mano hacia atrás, pero apenas si pudo completar el gesto.

—Cierra, Daryk —dijo uno de los sujetos.

—Sí, Hunoo.

Hunoo tenía ya a la joven en sus brazos y la depositó sobre un sillón. Daryk regresó junto a ellos, después de cerrar cuidadosamente la puerta del piso.

—Murynia —llamó el primero.

—Sí —contestó ella con voz opaca.

—¿Vienes de ver a Brenn, el cazador?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—No conozco exactamente el lugar.

Hunoo se volvió hacia su compañero.

—Está vivo, como sospechaba ella —dijo.

Daryk hizo un gesto de asentimiento.

—Es un tipo demasiado listo —calificó.

Hunoo continuó el interrogatorio:

—¿Qué piensa hacer Brenn cuando esté curado?

—Irá a Ashktar IV.

—¿Para qué?

—No lo sé, no me lo ha dicho.

—La misión es demasiado secreta para que Brenn se haya confiado a ella —apuntó Daryk.

—Seguro —convino el otro—. Bueno, cuando Brenn llegue a Ashktar IV, se encontrará con una calurosa bienvenida.

Daryk soltó una risita.

—Lo cual, pensando en el frío que hace allí, no deja de ser un tanto irónico, ¿no crees? —dijo.

Los ojos de Hunoo se fijaron un momento en la muchacha, que continuaba sumida en el estado de hipnosis, causado por la droga que el dardo había infiltrado en su sangre.

—Murynia, voy a darte una orden —anunció.

—Si —contestó ella.

—Vas a venir con nosotros. En todo momento, adoptarás un talante natural, incluso amable y sonriente. Fíjate bien en lo que te digo: no vienes con nosotros como prisionera, sino por tu propia voluntad. ¿Lo has entendido?

—Sí —dijo la muchacha.

—Entonces, anda, prepara tu equipaje.

Murynia se levantó y se dirigió al dormitorio. Hunoo y Daryk cambiaron una mirada.

—La droga es maravillosa —comentó el segundo.
Hunoo consultó su reloj.

—Los efectos le durarán aún dos horas, por lo menos —dijo—. Tenemos tiempo más que sobrado para llegar hasta el astropuerto antes de que Murynia empiece a tener conciencia de su situación.

* * *

Brenn quería despedirse de Murynia, pero no la encontró en su casa. En vista de ello, fue a la taberna donde trabajaba, pero allí se encontró con una poco agradable sorpresa.

La información le llegó de boca del propio dueño:

—Hace cuatro o cinco días que no viene por aquí. No tenemos la menor noticia de ella, señor Brenn. Pero no le extrañe.

—¿Por qué no ha de extrañarme? —preguntó el joven.

—Hombre, no es la primera camarera que se me larga con algún tipo, sin despedirse siquiera. Cosas como ésa me sucede más de una vez al cabo del año, créame.

Brenn apretó los labios.

—Ese no es el caso de Murynia —dijo.

Y se marchó, temiendo lo peor para la muchacha.

Hernández podía ayudarle, se dijo. Ya que el coronel quería hacerle un chantaje con el asunto de las pieles, él también tenía medios de conseguir la ayuda que necesitaba en aquel asunto.

—¿Por qué diablos se interesa tanto por esa chica? —preguntó Hernández al conocer la solicitud del joven.

—Temo por ella, señor. ¿Ha oído la costumbre que existe en Ashktar IV cuando el rey necesita un heredero?

—Algo he oído, en efecto. ¿Era Murynia la chica designada para madre del futuro heredero del trono de Ashktar IV?

—Así es, coronel, y no me extrañaría en absoluto que el rey...

Hernández lanzó un bufido.

—Kaddydon no es rey ni cosa que se le parezca —dijo despreciativamente—. La Confederación no le reconoce el título que él se ha aplicado tan liberalmente. El que de verdad le corresponde es jefe, cabecilla, dirigente, *leader*..., pero cuando Kaddydon asiste anualmente a los Consejos de Gobierno de los jefes de Estado planetario, nadie le da el título de rey.

—Bien, señor, eso a mí me importa un rábano. Lo que me interesa es conocer el paradero de Murynia —dijo Brenn con vehemencia.

—Se la habrán llevado nuevamente a Ashktar IV —supuso Hernández.

La mano de Brenn señaló uno de los videófonos que había sobre la mesa.

—Llame al astropuerto —exigió. ,

—Pero, Guy...

—A usted le darán la información que a mí podrían negarme. Y sí no lo hace así, ya puede ir pensando en enviarme a la Casa del Hielo. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Chantajista —le apostrofó Hernández.

—Me he mirado en su propio espejo —contestó

Brenn desenvueltamente.

Hernández se rindió. Momentos después, tenían la información:

—Murynia de Vyrr partió hace cuatro días en una astronave privada, cuyo programa orbital concluía en Ashktar IV. Iba acompañada por dos sujetos llamados Hunoo y Daryk, que parecían ser sus empleados:

Brenn se inclinó hacia el videófono:

—¿Habrán llegado ya a su destino? —preguntó.

—El control de Ashktar IV no ha informado todavía en ese sentido, señor.

—Pero recibirán el dato, supongo.

—Inmediatamente, por radio subespacial instantánea, señor.

—¿Puede decirme el tipo de astronave en que viajan?

—Un «Lardmis-Sanru XII», señor.

—Lento —murmuró Brenn, que conocía bastante bien los tipos de astronaves—. Todavía les quedan tres o cuatro días de viaje. —Alzó la voz—: Gracias, eso es todo.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Hernández.

—La encontraré —dijo.

—Tiene una misión primordial que cumplir —le recordó Hernández, apuntándole con el índice.

—Todo se puede compaginar, ¿no?

—Trimaq es muy grande...

—Un poco más que la residencia de Kaddydon, en efecto —contestó el joven intencionadamente.

—Tengo entendido que Kaddydon tiene más de

una residencia —advirtió Hernández.

—No faltará quien me dé una buena información al respecto. —Brenn se dirigió hacia la puerta—. A propósito, ¿ha recibido ya las fotografías de su satélite espía?

—Todavía no. Le avisaré cuando las tenga, Guy.

—Me gustaría verlas antes de partir hacia Ashktar IV. Adiós, coronel —se despidió Brenn.

Al salir del edificio, ya sabía quién le iba a proporcionar la información sobre el punto exacto en que se encontraría Murynia a su regreso a su planeta nativo.

* * *

S'salnie Tharduz abrió la puerta de su habitación y, dejándose por el camino las ropas que llevaba puestas, se dirigió al cuarto de baño. Su cuerpo, de rotundas formas, quedó unos minutos bajo la ducha, después de lo cual pasó al secador de aire caliente.

Acto seguido y sin una prenda de ropa encima, salió del baño y sacó del ropero un traje de una sola pieza de color blanco. Su roja cabellera quedaba suelta y larga sobre su espalda.

Entonces, cuando se subía el cierre relámpago del vestido, fue cuando vio al hombre sentado en un sillón, junto al ventanal y a contraluz. S'salnie alargó el cuello un instante y luego preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Brenn continuó sentado en el mismo sillón. Su postura le permitía poco menos que ver sin ser visto.

—Sentía deseos de tropezar de nuevo contigo, hermosa —dijo.

Los labios de S'salnie dejaron escapar una exclamación de asombro:

—¡Guy Brenn!

—Yo mismo —confirmó él, a la vez que se ponía en pie—. Sano y salvo, aunque no por tus deseos.

—No sé de qué me estás hablando —contestó S'salnie orgullosamente—. Y lo mejor será que salgas de mi habitación o llamaré a la policía del hotel. Son mucho más expeditivos que los guardias corrientes, ¿sabes?

—¿Has tirado el broche envenenado con «curare-2»? Oh, no, era demasiado valioso; simplemente, lo habrás limpiado a fin de no correr riesgos. ¿Me equivoco, S'salnie?

Ella parecía haberse recobrado ya de la sorpresa inicial.

—Eres un hombre afortunado, Guy —manifestó—. Sinceramente, no creí que pudieras sobrevivir.

—Ignorabas el lugar al que me dirigía. De otro modo, tal vez hubieras empleado curare normal u otro veneno por el estilo.

—Y, ¿adónde fuiste? ¿Puedo saberlo?

—Yo diría que me has hecho una pregunta inútil, S'salnie. Pero no es esto de lo que quiero discutir. He venido, simplemente, para hablar de Murynia de Vyrr.

—Ah, la chica elegida para esposa del rey —exclamó S'salnie con indiferencia.

—Kaddydon no es rey ni cosa que se le parezca, sino un jefecillo de tres al cuarto, que tiene la suerte de sentarse una vez al año en el Consejo de Gobierno de la Confederación. Pero, simplemente, no quiero que

ponga sus puercas manos sobre Murynia.

S'salnie lanzó una estridente carcajada.

—Ah, piensas defender a la hermosa doncella del dragón infernal —exclamó sarcásticamente—. Quizá sea ya un poco tarde, ¿no crees?

Brenn miró fijamente a la bella y despiadada mujer que tenía frente a sí.

—S'salnie, ¿aprecias mucho la existencia?

—¿Por qué me lo preguntas, Guy?

—Porque te mataré si no me dices a dónde será conducida Murynia a su llegada a Ashktar IV.

CAPÍTULO VII

Las últimas palabras de Brenn provocaron un espacio de silencio.

S'salnie miraba fijamente al joven y pudo darse cuenta de que no había broma en aquella amenaza. Pero, se dijo, tenía armas de sobra para defenderse.

—No sé —contestó lacónicamente.

Y se volvió hacia una consola próxima, donde había servicio de licores.

—¿Una copa, Guy? —invitó con acento placentero.

—En otra ocasión, tal vez. No quiero que me envenenes.

—Poco te fías de mí, Guy.

—A decir verdad, y después de nuestro tropezón, nada en absoluto —respondió él—. Pero todavía no has contestado a mi pregunta.

S'salnie se volvió y le miró desafiante.

—No voy a contestarte, Guy —le desafió, con la copa en la mano.

—Puedo obligarte a ello —dijo Brenn.

—¿A fuerza de bofetadas?

—¿Quién sabe?

—Acércate y empieza —rio ella, sin abandonar su actitud retadora.

Brenn observó que la copa permanecía intacta. Ello le hizo recelar algún sucio truco de la bella mujer que estaba a cuatro pasos de él.

—¿Por qué no tomas un trago para animarte? —sugirió.

S'salnie se puso seria de pronto. Inesperadamente, arrojó la copa hacia el joven.

Brenn saltó a un lado. El licor cayó en parte sobre una cortina y el tapizado del sillón, que empezaron a humear de inmediato.

—Querías cegarme, ¿eh? —murmuró.

De súbito, se quitó el cinturón. Ella corrió hacia una mesa en busca de un arma.

Brenn agitó la mano y el cinturón, repentinamente, multiplicó su longitud por cuatro, convirtiéndose en un chasqueante látigo, que cayó sobre el opulento trasero de la mujer. S'salnie lanzó un agudo chillido y rodó por el suelo.

El látigo actuó de nuevo, azotando ahora la cintura de S'salnie, a la altura de su estómago. Parte del tejido voló pulverizado por los aires y la carne quedó al descubierto, enrojecida a causa del golpe.

—¿Continúo la sesión? — preguntó Brenn irónicamente.

S'salnie tenía los ojos enrojecidos a causa del dolor.

—Eres una bestia...

—Lo admito —dijo Brenn sin inmutarse. El látigo chasqueó de nuevo, aunque ahora sólo en el aire—. Contesta o seguiré hasta despellejarte viva —amenazó.

S'salnie se rindió.

—Estará en la residencia que Kaddydon tiene en la Roca Aulladora —dijo.

—¿Queda eso muy lejos de la capital de Trimaq?

—Ciento veinte kilómetros al Norte.

—Muy bien, creo que será suficiente.

Brenn se dirigió hacia la puerta. S'salnie, de pronto, echando espumarajos de rabia por la boca, se puso en pie y corrió hacia la consola.

—¡Guy! —chilló descompuestamente.

El joven se volvió. S'salnie estaba frente a él con una pistola en la mano.

—Dispara proyectiles electrocutantes —anunció S'salnie.

—En tu lugar, yo no apretaría el conmutador. Podría ocurrirte algo malo, hermosa.

Ella sonrió despectivamente.

—Tu látigo no puede ahora con esta pistola —dijo. Y accionó el interruptor.

Un vivo fogonazo chasqueó durante una décima de segundo. S'salnie lanzó un horrible alarido y cayó al suelo. Su rostro se ennegrecía con rapidez.

Brenn la contempló fríamente.

—Las pistolas eléctricas no pueden nada cuando uno está protegido por un escudo del mismo signo y análogo potencial —murmuró.

Pero ella ya no podía oírle. Brenn se encogió de hombros y abandonó la habitación, satisfecho, en cierto modo, de haber obtenido la información que deseaba.

* * *

—Ya están aquí las fotografías del satélite espía —anunció el coronel Hernández.

—¿Las ha comparado con el mapa? —preguntó Brenn.

—Sí. Los detectores de infrarrojos señalan una vasta extensión de terreno en la que la temperatura es

algo menor que la de los terrenos circundantes. Opinamos que puede tratarse de la fábrica, aunque, en todo caso, el enmascaramiento es perfecto.

—La Gran Cordillera tiene que estar recubierta por una enorme capa de hielo. Pero la roca se halla debajo.

—Sí. Los rastros de excavación son claramente perceptibles en las fotografías. Los expertos calculan que el mineral extraído tiene un volumen mínimo de un millón de metros cúbicos.

—Siete u ocho millones de toneladas —calculó Brenn.

—Aproximadamente. Mucho hierro, mucho cobre, mucho uranio... ¿Para qué, Guy?

—¿Qué dicen los astrónomos, señor?

—Sus cálculos sobre la órbita de Ashktar IV dan una desviación no inferior a doce grados, progresiva y continuadamente.

—¿Hacia dónde se encamina ahora el planeta, señor?

—Si su nueva órbita no varía, dentro de algunos años se encontrará a menos de doscientos millones de distancia de nuestro sol —contestó Hernández.

—Eso significaría la fusión de la inmensa mayoría del hielo que ahora tiene sobre su superficie —exclamó Brenn.

—Si, pero también causaría serias perturbaciones en otros planetas, con consecuencias catastróficas. Tenemos que evitarlo, Guy.

Brenn se acarició la mandíbula.

—¿Carta blanca, señor? —sugirió.

—Y manos libres, Guy —añadió Hernández.

—Entonces, haré lo que pueda..., a mi modo y sin admitir interferencias, aunque sí consejos e información.

—De acuerdo —accedió Hernández sin pestañear.

De repente, una lámpara osciló en uno de los aparatos que había sobre la mesa.

Hernández dio el contacto. Una voz dijo:

—Señor, hemos recibido el mensaje del control de Ashktar IV.

—Hable —invitó el coronel.

—No hay noticias de la nave señalada con la matrícula EK-101-R. En el control de Ashktar IV suponen que se ha perdido en el espacio.

CAPÍTULO VIII

—Mientras estemos dentro de la nave, tiene una libertad completa de movimientos —anunció Hunoo—. Pero no intente nada contra nosotros o la encadenaremos en su cámara hasta que lleguemos a Ashktar IV.

La advertencia había sido pronunciada muchos días antes. Ahora ya sólo faltaban tres o cuatro jornadas para el fin del viaje.

Constantemente, casi de un modo obsesivo, Murynia había pensado en la forma de evadirse de la nave.

Los trajes espaciales y el bote salvavidas, únicos medios que podían facilitarle su propósito, estaban fuera de su alcance.

Hunoo y Daryk no descuidaban sus precauciones. Murynia empezó a perder la confianza en sí misma.

Pero, prácticamente, las dos únicas puertas cerradas con llave eran las que conducían al cuarto donde se guardaban los trajes de vacío y a la esclusa que albergaba el bote espacial. Por lo demás, la libertad de movimientos de la muchacha era total.

Incluso tenía acceso al departamento de cartas estelares. Más de una vez estudió a fondo la del sector, a fin de hallarse en condiciones de sobrevivir si conseguía escapar. Incluso consultó también, en la enciclopedia proyectable, las características de los planetas más cercanos a la órbita que seguían en su viaje.

La ocasión de evadirse se le presentó inopinadamente cuando sólo faltaban tres días para el término del viaje. Aquella noche, tal vez aburridos de las largas horas que pasaban encerrados en la nave, Hunoo y Daryk bebieron más de la cuenta durante la cena.

Murynia se percató de ello, aunque no lo demostró externamente. A su hora, volvió a su camarote y se tendió sobre la litera.

Tres horas más tarde, abrió la puerta y se asomó al corredor. El silencio era absoluto.

Uno de sus secuestradores se había dejado abierta la puerta de su cámara. Los ronquidos se percibían con toda claridad.

Murynia sonrió. Sigilosamente, pisando de puntillas, se encaminó a la cámara de mandos y estudió durante unos momentos los indicadores e instrumentos del pupitre de control.

Tras una ligera vacilación, desconectó el piloto automático e introdujo ciertas variaciones en la computadora de órbitas. Luego regresó a su camarote con el mismo sigilo que a la llegada.

Hunoo fue el primero en despertarse a la mañana siguiente, con la boca muy espesa.

—Se nos fue anoche la mano en el vino — masculló, mientras se encaminaba al cuarto de baño.

Un poco de agua fría le despejó casi por completo. Se dirigió luego al puesto de mando y lanzó una ojeada a través de los amplios ventanales.

Lo que vio entonces le hizo sentirse enfermo.

—¡Daryk! —chilló, lívido de espanto.

El otro apareció a los pocos momentos, caminando sobre unas piernas todavía inseguras. Al igual que su compañero, se sintió atacado por un terror espantoso.

—¡Vamos a estrellarnos! —dijo.

La nave volaba a gran velocidad, a pocos cientos de metros de la superficie de un planeta. El suelo estaba cubierto de una inmensa vegetación, casi impenetrable.

—¡Hemos de sujetarnos a los sillones! —gritó Hunoo.

Pero ya era demasiado tarde. El vientre de la nave rozó las copas de los árboles, que alcanzaban una altura exorbitante y luego, con una serie de tremendos crujidos, se deslizó todavía unos centenares de metros, antes de ser detenida por el tronco de un árbol inmenso, que no medía menos de veinte metros de grosor.

Hunoo y Daryk salieron violentísimamente despedidos hacia delante. Sus cráneos resultaron ser mucho más frágiles que el durísimo vidrio de las lucernas del aparato.

* * *

El choque resultó terrible. Murynia lo resistió, gracias a que se había atado previamente a su litera.

Aun así, los efectos no resultaron agradables. Murynia creyó que se le descoyuntaban los hombros y que el cuello se le partía. Incluso estuvo a punto de perder el conocimiento, pero, al cabo de unos minutos, se sintió en condiciones de ponerse en pie.

Un poco mareada todavía, se desciñó los atalajes que le habían salvado la vida. Se puso en pie, procuró

afirmar las piernas y abandonó la cámara.

En el puesto de pilotaje había dos cuerpos inmóviles. Murynia volvió la cabeza a un lado para no ver los cráneos rotos de sus secuestradores.

Era terrible verse obligada a matar para salvarse, pero ellos no le habían dejado otra opción. Al cabo de unos momentos, abandonó la cámara y buscó el cuarto de pertrechos.

Allí se proveyó de una bolsa con alimentos y una cantimplora con agua. En cambio, no había armas.

—Los terrestres son más prevenidos —se quejó—. A Guy no le pillaría una cosa así sin un buen equipo de supervivencia.

Porque lo peor de todo era que sólo conocía el nombre del planeta al que había llegado de forma tan violenta, pero, en cambio, ignoraba por completo la región en que se hallaba: la enciclopedia galáctica consultada al respecto, no era muy explícita en lo referente a Brarysk XI.

La radio del aparato se había inutilizado con el choque. Probó de bajar a la esclusa donde se hallaba el bote salvavidas, el cual iba provisto de una radio de emergencia, pero la violencia del impacto había deformado la puerta y era imposible abrirla.

Por fin, encontró armas en los camarotes de sus secuestradores: sendas pistolas electrocutantes. Una de ellas, sin embargo, por descuido de su dueño, estaba bajísima de tensión y resultaba inservible.

En la otra había carga para una docena de disparos. Añadió a su equipo un cuchillo de caza y, vestida adecuadamente, se dispuso a abandonar la

nave.

—No sé cuál es la suerte que me aguarda en Brarysk XI, pero no creo que lo pase peor que en mi propio planeta —murmuró, en el momento de cruzar la escotilla de salida.

Durante unos segundos, contempló el panorama que tenía ante sí, de esplendente verdor. Era una selva de árboles gigantescos, cuyas dimensiones se hubieran juzgado imposibles de no contemplarlos por uno mismo, y con abundancia de hierba, plantas y arbustos. La altura del árbol contra el que había chocado la nave no era inferior en modo alguno a los doscientos metros, y no parecía ser de los más altos de cuantos abundaban en aquella colosal selva, que no parecía tener final en ninguna dirección.

Resignada a su suerte, lamentándose únicamente de no poder comunicar con Brenn, Murynia emprendió la marcha resueltamente.

Una o dos veces se encontró con extraños animales que la asustaron mucho, pero que huyeron rápidamente, aún más asustados que ella misma. Murynia se sentía perdida y no tenía la menor idea de la forma y el lugar en que iba a acabar su aventura.

Abstraída en sus pensamientos, no se dio cuenta de que unos ojos seguían puntualmente el menor de sus movimientos. De repente, cuando llevaba una hora de marcha, desembocó en un gran claro del bosque.

Era un calvero que parecía obra de la naturaleza y por cuyo centro corría un arroyo de abundante caudal y aguas cristalinas. Murynia pensó con delicia en un baño, pero antes siquiera de que hubiera dado el

menor paso para realizar sus deseos, algo cayó silbando de las alturas y se hincó en el suelo, a un metro de sus pies.

Era una gran lanza, de astil curiosamente trabajado y hierro brillante y afilado, con algunas plumas de vivos colores como adorno. Casi en el mismo instante, otra lanza cayó a sus espaldas.

La tercera lanza silbó una fracción de segundo más tarde. De repente, a Murynia le pareció que llovían lanzas del cielo.

En unos segundos, estuvo rodeada por un círculo insalvable de lanzas, ninguna de las cuales medía menos de cuatro metros de longitud. La separación entre los astiles era inferior a los diez centímetros.

Prácticamente, se trataba de una cárcel construida en contados segundos. Aterrada, Murynia miró a todas partes y entonces fue cuando vio a los hombres extrañamente vestidos, de piel repulsivamente blanquecina y ojos de rojas pupilas, que avanzaban con deliberada lentitud hacia ella.

Aquellos sujetos, vestidos apenas con un taparrabos de plumas y tocados por un penacho del mismo material, la contemplaron con enorme curiosidad. Uno de ellos abrió la boca para hacer una mueca.

Murynia creyó desmayarse de miedo al ver aquellos enormes dientes, triangulares y afiladísimos como los de una fiera carnívora.

* * *

Las pesquisas realizadas para encontrar a la EK-101-R habían sido inútiles hasta el momento.

La astronave que se había llevado a Murynia parecía haberse perdido en el espacio, sin que nadie conociera su paradero. Hernández tuvo que confesar su fracaso y el de sus mejores técnicos rastreadores.

—Yo la encontraré —aseguró Brenn—. Y al diablo la misión, coronel; por el momento, esa chica es para mí mucho más importante.

Quizá había un medio para localizar a la muchacha. En los primeros momentos había pensado tal vez en un truco del control de Ashktar IV, diciendo que no, donde debía haber dicho que sí, pero muy pronto había desechado la idea.

Las intrigas de política interior de cada planeta no podían interferir las comunicaciones y los transportes espaciales. El control de Ashktar IV debía ser verídico en sus informes o el planeta quedaría marginado, tanto en comunicaciones como en espacio líneas.

Por tanto, Murynia no había llegado a su destino.

Kaddydon, por otra parte, no era un dirigente de demasiada importancia como para conseguir que otro jefe de Estado planetario le ayudase en sus poco honestos propósitos. No, Murynia no había sido conducida a otro planeta.

Simplemente, la nave en que viajaba se había extraviado en el espacio, aunque a Brenn no se le alcanzaban los motivos que podían haber originado la catástrofe.

Pero si el coronel Hernández era un tipo con recursos, él no le iba a la zaga. Y conocía a quien, casi con toda seguridad, podía ayudarle.

El sujeto se llamaba Turpin Drew y tenía una

tienda en la que se vendía de todo, menos drogas —el contrabando de pieles podía llevar a uno a la cárcel: la venta de drogas lo llevaba a la cámara de ejecuciones—. Turpin Drew era de los sujetos a quien se podía recurrir si se disponía del dinero necesario para pagar una piel de zorro moteado.

—Estás en un apuro, Guy —dijo Drew, apenas vio entrar al joven en su local.

—¿Se me ve en la cara, Turpin? —preguntó Brenn.

—Tú y yo nos conocemos bastante bien, muchacho. ¿Qué te sucede ahora?

—Se ha perdido una nave en el espacio. ¿Qué me aconsejas para recuperarla?

Drew soltó una risita, a la vez que se llevaba las manos al pecho.

—¿Yo? ¿Aconsejarte a ti en lo referente a naves espaciales? Guy, hijito, tú no estás bien de la cabeza...

Los dos hombres hablaban en un despacho. Paciente, Brenn se sentó en un ángulo de la mesa y sacó cigarrillos.

—Tengo reservadas dos pieles de zorro moteado. Me las quedé para mí, un capricho, ¿sabes? Además, las elegí a conciencia; a mi me gustan las cosas buenas. Cualquier gordo ricachón pagaría doscientos de los grandes, para tener contenta a su esposa.

—O a su prójima —dijo Drew sin inmutarse.

—Quizá a ambas a la vez. Saldrían dos chaquetones espléndidos, porque para un abrigo, juntas, son demasiado. Pero tú podrías conseguirlas por nada. O por casi nada, Turpin.

Drew, de ojos sagaces y nariz aguileña, se reclinó

en el respaldo de su sillón y miró a su visitante de hito en hito.

—¿Has oído hablar del profesor Vutznoy? —preguntó.

—No —contestó Brenn—. ¿Quién es, Turpin?

Drew metió la mano en el cajón de su escritorio, garabateó unas líneas en una tarjeta y se la entregó a su visitante.

—Entrégale esto —dijo—. Lo que Vutznoy no haga, no lo hará nadie —aseguró, enfático.

Brenn sacó una llave y se la arrojó a su amigo.

—Las pieles están en mi nave. Esa llave abre el compartimiento de salida de emergencia, ya sabes, la que sólo se puede usar en caso de grave peligro —dijo.

—Pero, Guy, esa puerta no se puede abrir en tierra; los reglamentos...

Brenn se echó a reír, a la vez que se dirigía hacia la salida.

—Turpin, viejo zorro, ¿cuándo hemos hecho tú y yo caso de leyes y reglamentos? —contestó, a la vez que cruzaba el umbral del despacho.

* * *

—De modo que una nave perdida en el espacio y no se sabe a dónde ha podido ir a parar.

—Así es, profesor.

Los dos hombres se contemplaron críticamente durante unos segundos. Vutznoy era un sujeto de unos cincuenta y tantos años, alto, casi esquelético, cuya cabeza rodeada por una casi femenina cabellera de color níveo. Desdeñando la moda de lentillas o de operaciones quirúrgicas para corregir su miopía, usaba

unas anticuadas gafas que bailaban constantemente sobre una nariz que parecía el pico de un loro.

—Puedo encontrar cualquier nave perdida en el espacio —dijo Vutznoy al fin—. He ideado un procedimiento que resulta infalible...; por lo menos, tiene posibilidades de acierto superiores al noventa y nueve por ciento..., quiero decir que, en mil casos, sólo dos o tres se me escaparían...

—Un buen avance, por supuesto —elogió Brenn cortésmente.

—Pero la Academia de Ciencias de la Confederación ha rechazado mi trabajo, por estimarlo obra de un loco. No me lo han dicho claramente, pero en su respuesta se adivina a simple vista. ¡Ellos sí que están locos, hatajo de mulos! —exclamó el científico, repentinamente exasperado.

—Indudablemente, doctor —dijo Brenn.

—No tengo ningún doctorado. Simplemente, soy profesor..., pero, bueno, eso no importa ahora. Lo que interesa es buscar esa nave, ¿no es así?

—Sí, profesor.

—Le ayudaré, pero con una condición, muchacho... —exigió Vutznoy.

—Si puedo cumplirla...

—Sí podrá. Sólo deseo que, a nuestra vuelta, declare como testigo de cuanto he hecho para encontrar esa nave perdida, a la cual, por lo visto, no han podido localizar los mejores servicios de detección. ¿Entendido?

—Diré todo lo que haya podido pasar, con absoluta veracidad. Y, además, le pagaré...

Vutznoy alzó una mano.

—No hable de dinero: resulta asqueroso —dijo agriamente—. Necesitaré dos días para tenerlo listo todo —añadió.

—Es el tiempo que yo necesito para poner mi nave en condiciones de salir al espacio —contestó el joven.

CAPÍTULO IX

Había planetas inhóspitos, poblados por gentes feroces, de las cuales no se podía esperar nada bueno, caso de un encuentro. Brenn se preparó a conciencia, con armas y pertrechos de todas clases, incluyendo, lógicamente, algunos equipos de supervivencia.

Vutznoy podía estimar que el dinero era asqueroso, pero, de no haberlo tenido en abundancia, sus proyectos se hubieran visto seriamente dificultados. Turpin Drew colaboró ampliamente con ellos, proporcionándoles algunos elementos poco menos que prohibidos. A este respecto, las dos pieles de zorro moteado habían resultado un poderoso estímulo para el comerciante.

Y, además, Drew le facilitó una valiosa información:

—Están buscándote, Guy —dijo, en su última entrevista.

—Hablas en plural, Turpin —comentó Brenn.

—Dos. Parecían matones a sueldo.

—Se me ocurre una idea —dijo el joven.

—¿Sí, Guy?

—Sabes si Trimaq tiene una embajada o algo por el estilo aquí en Nearee II?

—Una Legación de poca importancia, cinco o seis funcionarios —contestó el comerciante.

Brenn hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, Turpin —se despidió de su amigo.

Brenn salió a la calle. Un taxi le llevó al hotel.

En la recepción pidió ver el libro de registro. El conserje se negó.

—Está prohibido, señor —dijo, casi ofendido.

Impasible, Brenn le enseñó un billete de cien créditos. La cara del sujeto cambió radicalmente.

—El libro de registro, señor —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

Brenn lo estudió con toda atención. En la habitación contigua a la suya, del lado derecho, se hospedaba un matrimonio, al parecer en viaje de bodas. En la otra había sólo un huésped.

Descartó al matrimonio: Drew no había mencionado para nada una mujer. En cambio, el huésped podía ser alguien que espíase sus pasos.

—Muy amable —se despidió del conserje, al terminar el examen del libro.

Subió a su habitación y comprobó todo elemento susceptible de ser convertido en una trampa: grifos, interruptores, cortinajes y demás. Si pensaban asesinarle, no lo harían dentro del hotel, dedujo.

Luego pensó que lo mejor sería hablar con el huésped de la habitación de su izquierda, que atendía por el nombre de Tan'vil Hasst.

* * *

La sorpresa de Tan'vil Hasst fue enorme al encontrarse a un hombre en su cuarto, que le apuntaba con una pistola electrocutante. Hasst llevaba un maletín en la mano y se quedó inmóvil, apenas cruzado en el umbral.

—Deje el maletín en el suelo —ordenó Brenn.

—¿Se trata de un atraco? —preguntó Hasst, un

tanto recobrado del susto inicial.

—Se trata de concederle una oportunidad de vivir —respondió el joven.

—Oiga, no irá a matarme en pleno hotel...

—No, a menos que me obligue a ello. Usted trabaja para la Legación de Ashktar IV, ¿no es así?

Hasst hizo un gesto de asentimiento.

—No he hecho un secreto de ello —respondió.

—Usted me conoce de sobras, así que no voy a presentarme. ¿Cuál es la trampa que me han preparado?

Los labios de Hasst se contrajeron súbitamente.

—No se lo diré...

La pistola se elevó un poco.

—Nadie sabe que estoy aquí ni tampoco que he entrado —dijo Brenn—. Me marcharé y nadie podrá relacionarme con su muerte.

Hasst, apreció el joven, no era un hombre de excesivo valor. Se rindió en el acto.

—El maletín —señaló.

—¿Qué contiene? —preguntó Brenn.

—«Zyrius-Z» —contestó Hasst.

Brenn se estremeció. El temible gas que disolvía el cuerpo de una persona en cuestión de un par de minutos.

—¿Cómo pensaba emplearlo? —inquirió.

—En su habitación, mediante un mecanismo de relojería...

El zumbador del videófono sonó de pronto. Brenn apuntó hacia el aparato con el arma.

—Conteste. Si son sus amigos, dígales que suban a

por el maletín dentro de diez minutos. Yo voy a salir, porque tengo una cita en uno de los reservados del Royal Star a la siete y media. El número del reservado es el diecinueve. Hay sitios allí donde se puede esconder el maletín, ¿entendido?

* * *

La puerta de la habitación se abrió.

—Ahí está el maletín —dijo Hasst.

Uno de los recién llegados entró, se inclinó y agarró el maletín por el asa.

—¿Son buenos sus informes, Tan'vil? —preguntó.

—Proceden de la chica con la que Brenn se va a encontrar en el reservado número diecinueve —contestó Hasst—. Al cabo de media hora, ella saldrá con cualquier pretexto, diciendo que estará ausente unos minutos. A su vuelta, sólo habrá gas en el reservado.

Alguien soltó una risita.

—Menos mal que el «Zyrius-Z» es inofensivo dos minutos después de haber salido a la atmósfera —dijo uno de los matones.

—En tal caso, el reloj estará calculado para las ocho, más o menos —apuntó el otro.

—Sí —confirmó Hasst.

—Muy bien. Despidámonos ya de Brenn —dijo el primero que había hablado.

Los dos sujetos se marcharon. La puerta se cerró.

Brenn dijo:

—Muchas gracias, Tan'vil.

Y lo derribó de un seco golpe con el cañón del arma.

Luego corrió hacia la ventana. A los pocos momentos vio salir a la pareja de matones.

Uno de ellos era portador del maletín. Tenían un vehículo estacionado junto al hotel y se metieron dentro.

Cinco segundos más tarde, se oyeron unos gritos horribles.

Un hombre salió disparado del coche, envuelto en una nube de humo de color marrón.

El sujeto corría enloquecido de un lado para otro, a la vez que daba unos gritos espantosos. Era horrible verlo disolverse literalmente en el gas y convertirse, a su vez, en partículas del mismo.

Segundos más tarde, sólo quedaban sus ropas sobre la acera. Brenn calculó que el otro no habría tenido tiempo de escapar siquiera.

—Quizá sufrió un colapso de puro miedo —se dijo.

Hasst continuaba inconsciente. Brenn abandonó su habitación, sin preocuparse más del individuo.

Cuando Hasst recobrase el conocimiento, él se encontraría ya a gran distancia del hotel.

* * *

—Todo vehículo que viaja por el espacio deja un rastro o estela que dura mucho tiempo después de su paso por un determinado punto. Naturalmente, es un rastro que no puede detectarse por procedimientos ordinarios, ni siquiera por los más perfeccionados instrumentos. Pero aprovechando el conocimiento de esta circunstancia, se puede idear el método para captar la estela de una astronave, siempre que no hayan transcurrido más allá de dos semanas de su

vuelo orbital.

Brenn escuchaba con suma atención las explicaciones del, en apariencia, chiflado profesor Vutznoy. Al joven no le cabía en la cabeza que una entidad de tanta solvencia y prestigio como la Academia de Ciencias de la Confederación hubiera rechazado su comunicación sobre el tema.

Pero algunos inventos del pasado, todavía hoy útiles, procedían de hombres que en su época fueron considerados como chiflados. El invento de Vutznoy podía tener una grandísima importancia en el rastreo de naves que se habían perdido o, simplemente, consideradas como guías en alguna expedición en busca de mundos habitados.

Mientras hablaba, Vutznoy trabajaba incansablemente, preparando sus instrumentos.

—Se dice vacío, y en comparación con lo que hay bajo una atmósfera, el espacio está vacío, en efecto. Pero la palabra no expresa rigurosamente lo que hay en el espacio —continuó el científico—. Existen moléculas de distintos cuerpos, gaseosos principalmente, que flotan aisladas en el vacío, separadas por distancias que nos parecen inconmensurables y, hasta cierto punto, lo son.

»Cuando una nave vuela por el espacio, tropieza con una de esas moléculas y la lanza a un lado. Acaso la siguiente molécula está a cincuenta, a cien o a doscientos cincuenta kilómetros de distancia, pero ¿qué es eso comparado con la velocidad de una nave, que puede volar a millones de kilómetros por segundo?

»El problema estriba en captar la agitación de esas moléculas contra las cuales ha chocado la nave en su velocísimo desplazamiento; y se mueven de la misma forma que se agitan las moléculas de agua cuando un barco navega sobre su superficie. Pero así como la estela de un barco desaparece a los pocos cientos de metros, en el espacio, la cosa resulta muy diferente, porque la agitación de unas moléculas que, comparativamente, se mueven con gran lentitud, dura muchísimo más tiempo.

—Simplemente, la astronave traza un surco en el espacio —dijo el joven.

—Y mi aparato lo capta y, de este modo, se conoce el derrotero y el lugar al que se dirige la nave que nos interesa.

La gran pantalla, que formaba parte de los instrumentos que Vutznoy había llevado a bordo se iluminó tenuemente.

En realidad, era un levísimo resplandor en un cuadro de color negro, de un metro de longitud por sesenta centímetros de anchura. Las manos de Vutznoy movieron unos cuantos diales del cuadro de mandos.

—Lo que vemos en la pantalla, será grabado al mismo tiempo, para reproducirlo después y examinarlo así con mayor detenimiento —explicó.

Varias finas líneas de color rojizo de un milímetro de anchura, que se entrecruzaban en todas direcciones, aparecieron en la pantalla.

—Estelas de astronaves —dijo Vutznoy—. El color rojo más intenso denota el paso reciente de una nave. ¿Ve aquella línea de bordes muy imprecisos y que,

incluso está interrumpida en algunos puntos? Dentro de un día, tal vez pocas horas, ya no aparecerá en la pantalla; la nave orbitó hace ya demasiado tiempo.

—Fantástico —murmuró el joven, admirado por aquel descubrimiento que le parecía increíble.

—Guy, deme los datos orbitales de la EK-101-R —pidió Vutznoy de pronto.

Brenn le pasó una tarjeta con los datos solicitados. Vutznoy la consultó durante unos momentos y luego volvió a maniobrar en el instrumento.

Las rayas rojas que había antes desaparecieron y fueron sustituidas por otra de casi tres milímetros de anchura.

—Ahí tiene el rastro de la EK-101-R —dijo el profesor.

—¿Podemos seguirlo? —preguntó Brenn.

—Sin duda alguna, muchacho.

Pasaron algunos minutos. De pronto, la línea se torció bruscamente hacia abajo.

Cinco segundos más adelante, la imagen se estabilizó. El rastro de la astronave desaparecía a unos diez centímetros del borde inferior de la pantalla.

—Evidentemente, el aparato tomó tierra en algún planeta —dijo Vutznoy—. Pero como ya tenemos las coordenadas del punto en que cesó la estela, podremos localizar ese planeta sin dificultad.

Conociendo el dato de las coordenadas de posición, el resto fue fácil. La computadora resolvió el problema en pocos minutos.

—La nave aterrizó en Brarysk XI — anunció Vutznoy, muy ufano.

—He oído el nombre de ese planeta, aunque jamás he puesto el pie en su superficie —declaró Brenn.

Vutznoy meneó la cabeza.

—No quiero darle esperanzas, Guy —dijo—, pero lo mejor que pudo hacer usted en el pasado es no aterrizar en Brarysk XI. .

—¿Por qué? —preguntó el joven, repentinamente pálido.

—Puede que ella, como mujer, joven y guapa, tenga mejor suerte que un hombre. Quizá acabe calentando en las noches invernales el lecho de pieles de algún jefe de tribu...; pero, si es hombre, indefectiblemente acabará en el estómago de los caníbales albinos de Brarysk IV —declaró Vutznoy con acento que no dejaba el menor resquicio a la duda.

CAPÍTULO X

Los detectores de a bordo captaron bien pronto las señales de eco de una gran masa metálica. A los pocos minutos, Brenn y Vutznoy pudieron contemplar a simple vista el gran surco que la nave había trazado en la selva en su violento aterrizaje.

—Ya estamos en el buen camino, muchacho —dijo Vutznoy—. ¿Piensa desembarcar?

—No lo dude, profesor —respondió Brenn—. Manténgase sobre la vertical de la EK-101-R; yo voy a equiparme.

—Está bien.

Minutos más tarde, Brenn estaba listo para emprender la operación de rescate de Murynia.

—Estaremos continuamente en contacto por radio —dijo, en el momento de situarse en la plataforma que le bajaría hasta el suelo, a manera de montacargas.

—Le deseo mucha suerte, Guy —sonrió Vutznoy—. En el peor de los casos, ojalá caiga en manos de los caníbales más civilizados.

Brenn respingó.

—Oiga, eso no es desear buena suerte ni cosa que se le parezca —refunfuñó.

—Lo digo porque hay tres clases de caníbales albinos —siguió Vutznoy, imperturbable—. Los civilizados, al igual que nosotros, asan la carne que comen, ya sea de hombre o de animal. Luego vienen los menos civilizados, que se comen a su víctima cruda, aunque muerta. Y, finalmente, los que son

llamados sibaritas por los antropólogos.

—¡Rayos! Debe de ser curioso eso de encontrar un caníbal sibarita.

—Sí. Según los escasos científicos que han entrado en contacto con ellos y han vivido para contarlos, los sibaritas sostienen que como mejor sabe la carne de sus víctimas es cuando todavía están vivas.

—De modo que se agarran a mordiscos sin más preámbulos...

—A usted le morderían una pierna o un brazo, como yo muerdo una pera recién cogida del árbol —dijo Vutznoy sin pestañear.

Brenn inició el descenso, sin saber a ciencia cierta si el profesor había dicho la verdad o había querido tomarle el pelo. Pero, de todos modos, lo único verdadero era que existían unos seres que se comían a sus semejantes.

Se sintió repentinamente deprimido al pensar que quizá, en aquellos momentos, sólo quedaban unos huesos mondos de la hermosa Murynia de Vyrr.

Momentos después, tenía la astronave detectada a la vista.

La posición de la nave le infundió graves temores. Era imposible que nadie hubiera podido quedar con vida después de semejante impacto.

Pero, armándose de valor, entró en el aparato, en el que se percibía un hedor espantoso.

Los cadáveres de dos hombres aparecían en la cabina, medio devorados por insectos y alimañas. De Murynia no había el menor rastro.

La esperanza renació de nuevo en el ánimo de

Brenn. Salió fuera y llamó por radio a Vutznoy.

—Ella parece que consiguió escapar —dijo—. Voy a ver si encuentro su rastro.

—Estoy viendo el detector de calor orgánico —manifestó el científico—. Parece que hay una gran aglomeración de gente a unos doce kilómetros al Sudoeste. Es posible que la chica esté allí. ¿Quiere que le lleve con la nave?

Brenn rechazó la idea de plano.

—Suponiendo que Murynia esté prisionera, la vista del aparato podría inducir a sus captores a asesinarla, para impedirle escapar con vida —contestó—. Prefiero llegar allí y actuar con astucia. Usted, procure que la nave no sea vista desde el suelo; escóndala entre las copas de los árboles.

—Un poco grande es, pero lo intentaré. ¡Suerte, Guy!

Brenn reanudó su marcha. Presentía que Murynia, de una manera que no alcanzaba a comprender, había salido ilesa del accidente, si bien había terminado en manos de los caníbales albinos.

Pero ya habían transcurrido casi dos semanas. Si no había pasado a la cabaña de algún jefecillo, a estas horas, se dijo amargamente, estaba muerta.

No obstante, continuó su camino y, una hora más tarde, alcanzó un gran claro en la selva.

Un minuto después, estaba prisionero de un insalvable círculo de lanzas.

* * *

Brenn contempló especulativamente a los salvajes que se le acercaban. Sin embargo, no sentía el menor

odio hacia ellos.

Aquellos individuos atravesaban un estadio de civilización, por el cual había pasado el hombre terrestre miles de años antes. No se les podía reprochar que actuaran de semejante manera..., lo cual no significaba que el joven se sintiese dispuesto a dar gusto a sus paladares.

Eran bastante altos, si bien muy gordos, fofos, incluso, algunos de ellos. Brenn supuso que aquel calvero debía representar los límites de la tribu.

Algunos de los albinos preparaban unos rústicos lazos. Brenn se dio cuenta de que pretendían capturarlo vivo.

—Para asarme después, claro —murmuró, a la vez que descolgaba cierto rifle de su hombro derecho.

El rifle estaba unido por un cable a un depósito que llevaba a la espalda, a modo de mochila. Repentinamente, Brenn accionó el disparador, a la vez que giraba velozmente sobre sus talones.

Las lanzas saltaron en pedazos, mientras se escuchaban unos fortísimos chasquidos. Brenn continuó sus movimientos de giro, sin dejar de accionar el mecanismo de disparo de su rifle.

El arma proyectaba bolas de aire comprimido a gran presión que estallaban al rozar el menor obstáculo. Los estampidos parecían truenos, que sacudían la atmósfera con tremendas vibraciones.

Sin embargo, los efectos no eran mortales, aunque la persona alcanzada por una descarga recibía un duro golpe. En unos instantes, veinte o más caníbales rodaron por tierra, sin comprender en absoluto lo que

les había sucedido.

Libre el paso, Brenn echó a correr. Mientras movía las piernas a la mayor velocidad posible, el diminuto compresor que llevaba a la espalda funcionaba para recargar el depósito de aire comprimido.

Muy pronto, se dijo, sabría si Murynia estaba viva o era sólo un montón de huesos arrojados a los canes de la tribu de antropófagos.

* * *

Dos hombres entraron en la hedionda cabaña de cañas y bálago en que Murynia había permanecido desde el día de su captura y se arrojaron sobre ella. La muchacha intentó resistirse, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Habían sido doce inacabables días, condenada a la inactividad, sujeta por muñecas y tobillos a cuatro estacas clavadas en el suelo. Solamente tres veces al día le permitían salir a un arroyo cercano, para hacer sus abluciones, pero apenas había terminado, volvían a sujetarla.

Los ojos de la muchacha contemplaban con terror la gran mesa de piedra que había en el centro del poblado. A la izquierda, se veía un enorme cuadrado lleno de brasas y, sobre ellas, una gran parrilla.

Murynia no llevaba encima una sola prenda de ropa. Desde el primer momento, había sido despojada de sus vestidos, lo que había añadido la vergüenza de la desnudez al terror de la prisión. Ahora, por fin, sabía que sus sufrimientos estaban a punto de terminar.

Unos bárbaros tambores redoblaban roncamente

en un extremo de la plaza. Ojos codiciosos contemplaban las formas de la víctima que iba a ser sacrificada momentos más tarde, pero en aquellas miradas no había lujuria precisamente, sino carne exquisita para el paladar de un antropófago.

Junto a la mesa, una especie de sacerdote murmuraba extrañas oraciones, a la vez que agitaba un enorme cuchillo de piedra, afilado como una navaja de afeitar. A viva fuerza, ahora por más manos, Murynia fue izada a lo alto de la mesa y amarrada allí sólidamente.

El salvaje emitió un agudo grito, coreado por cientos de gargantas. Murynia se hallaba ya resignada a su suerte.

Solamente pedía que el golpe fatal fuese rápido y certero, para que la inconciencia llegase de un modo velozmente consolador. De súbito, los tambores pararon de su tétrico redoble.

El cuchillo estaba a punto de descargar su tajo mortal. De repente, se oyó un seco chasquido.

La piedra del cuchillo se convirtió en una docena de fragmentos, mientras su dueño se tambaleaba perceptiblemente. Una segunda bola de aire comprimido, golpeándole en pleno pecho, le envió rodando a una docena de metros.

Sonaron chillidos de terror. El rifle de Brenn lanzó una serie de descargas contra las brasas, haciéndolas volar a gran distancia. Los alaridos de quienes recibían un proyectil contundente componían una salvaje sinfonía de notas discordantes.

Brenn barrió el espacio delante de sí, enviando

descarga tras descarga contra los caníbales, que caían como bolos. Luego saltó hacia delante y, con la mano izquierda, cortó una de las ligaduras de Murynia, mediante el cuchillo que había llevado consigo a prevención.

—Ahora, sigue tú —dijo, cuando vio que ella tenía una mano libre.

Murynia no se hizo de rogar. En aquellos instantes, su desnudez no la preocupaba en absoluto; lo interesante era vivir.

Brenn no quería matar. Tenía armas más poderosas, pero comprendía que los salvajes actuaban solamente de aquella forma porque no podían hacerlo de otra distinta. Además, el rifle empezaba a causar un gran temor entre los albinos, que ya retrocedían, aterrados por aquel arma que derribaba a la gente con el solo poder de sus truenos.

—Estoy lista, Guy —gritó Murynia de repente.

CAPÍTULO XI

Murynia dio dos pasos y cayó de rodillas al suelo.

—No puedo andar —se quejó lastimeramente

Brenn tomó una decisión. Se inclinó ligeramente y la izó hasta su hombro izquierdo.

—Diablos, cómo pesas —se extrañó.

Sujetando a la muchacha con una mano, podía manejar el rifle con la otra. Lanzó una descarga ininterrumpida en sentido semicircular y luego emprendió la retirada hacia la selva.

La radio estaba conectada:

—¡Profesor, acuda a socorrernos! —llamó.

—Aguanten unos minutos —dijo Vutznoy—. En seguida estaré con ustedes.

—¿Vutznoy? —se extrañó ella—. ¿Y Fred?

—Lo tengo en revisión; no he podido traerle conmigo.

Brenn continuaba corriendo. Dada su posición, Murynia podía vigilar su retaguardia.

—No hace falta que corras tanto, Guy —dijo, al cabo de unos momentos—; los caníbales no nos siguen.

Brenn se detuvo en el acto.

—Muchacha, nunca me hubiera imaginado que pudieras resultar tan pesada —dijo.

—Es que he estado sometida durante doce días a una dieta de engorde —explicó Murynia.

—¿Te han engordado? —se asombró él.

—A la fuerza. Me amenazaron con echarme a sus

perros si no comía; por lo visto, me encontraban demasiado flaca.

Brenn lanzó una carcajada.

—A mí no me hace ninguna gracia —dijo Murynia, muy ofendida—. Tenía que comer a todas horas... y muchos de los alimentos eran realmente nauseabundos. Pero, de este modo, podía ganar tiempo, ¿comprendes?

—Murynia, ¿cuál es tu peso habitual? —preguntó él, conteniendo su risa a duras penas.

—Unos cincuenta y cuatro kilos, Guy.

—¡Hum! Pues si ahora no pesas setenta, pocos gramos le faltan... Eh, me parece que ya veo la nave,

El aparato volaba sobre las copas de los árboles.
Brenn llamó por radio:

—Profesor, ponga un mono en la plataforma; ella sólo tiene el traje de Eva.

—Está bien, Guy. Ya les veo... Permanezcan donde están.

Momentos después, descendía la plataforma. Murynia se apresuró a cubrirse con el mono que, al ser de tejido elástico, se acomodaba fácilmente a cualquier talla.

—Arriba, profesor —dijo Brenn, cuando ella hubo terminado.

La plataforma entró en la nave instantes después. Murynia, sostenida por Brenn, pasó al interior de la esclusa.

Vutznoy la contempló asombrado. Luego, meneando la cabeza, dijo:

—Guy, usted me defrauda. Nunca creí que le

gustasen las mujeres de peso fuerte.

* * *

—Tendré que someterme a una cura de adelgazamiento —dijo Murynia más tarde, después de un baño y un par de tazas de reconfortante café—. Esos salvajes me atiborraban como un cerdo destinado a la matanza.

—¿Y qué otra cosa pretendían? —contestó Brenn de buen humor—. Debiste de parecerles sumamente apetitosa, cuando tuvieras el peso deseado por ellos, naturalmente.

—Hay una cosa que no entiendo —manifestó Vutznoy—. Usted, Murynia, con quince kilos menos de peso, estará guapísima. ¿Por qué no la tomó como esposa alguno de esos salvajes?

—Yo misma me lo he preguntado más de una vez —respondió ella—. Me costó bastante, pero, al fin, encontré la solución.

—¿Cuál es, Murynia? —preguntó Brenn.

—Muy sencillo. Las mujeres de los albinos son todas gordas..., pero tienen una piel que a nosotros nos parece repulsivamente blanca.

—Tú también la tienes...

—Si, cuando vivía en Ashktar IV, como todos los nativos de aquel planeta, y ello por la falta casi continua del sol. Pero durante mi estancia en Nearee II tomaba a diario sesiones de rayos ultravioleta, para dorar mi piel un poco. Simplemente, a los albinos les gustan las albinas.

—Y las otras, para la cazuela —dijo Vutznoy irónicamente.

—Pero bien gorditas —rió Brenn.

Murynia lanzó un hondo suspiro.

—Estoy que me parece ir a estallar en cualquier momento —dijo—. Sólo con que me pinchasen con un alfiler, haría «piff...».

Vutznoy y Brenn rieron de buena gana. Luego, el joven dijo:

—Está bien, Murynia. Ahora, por favor, cuéntanos cómo escapaste.

—Sí, Guy.

La muchacha hizo una detallada exposición de lo que le había ocurrido hasta el momento del rapto. Al terminar, Vutznoy meneó la cabeza:

—Mal enemigo es usted —dijo—. No me gustaría tenerla en contra mía.

—Usted no trataría de hacerme daño. Yo sólo quería salvar mi vida, profesor. Comprenda que no es agradable la idea de concebir un hijo y morir una hora después de haberlo puesto en el mundo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué una costumbre tan salvaje, en un mundo donde, al parecer, disfrutan de grandes adelantos?

—Muchacho, también en la Tierra pasaba antaño algo por el estilo —dijo Vutznoy sentenciosamente—. Un nativo africano, por ejemplo, podía tener una radio o un televisor de transistores y pilas, y seguramente sabría leer, escribir y algo de cuentas..., pero todavía seguía confiando en su hechicero o en su curandero. Quizá esa costumbre, en Ashktar IV, tiene su origen en alguna reina madre que influyó demasiado en el heredero, con detrimento de su esposo.

—Es probable —admitió la propia Murynia—. Lo que yo no toleraré nunca es en convertirme en la madre del hijo de Kaddydon.

—Quizá ahora no le importe tanto ese problema, a no ser que lo considere como una especie de satisfacción personal de su honor ofendido —dijo Brenn—. En el momento actual, tiene asuntos mucho más graves en qué pensar.

—¿Cuáles son? —preguntó Vutznoy.

—La desviación orbital de su propio planeta y los beneficios que, eventualmente, ello pueda reportarle —contestó el joven.

* * *

—Desviar un planeta de su órbita —dijo Vutznoy con acento pensativo—. Eso requiere una tecnología avanzadísima y las máquinas correspondientes, claro.

—¿Usted podría conseguirlo? —inquirió Brenn.

Vutznoy hizo un gesto ambiguo.

—Con tiempo, y los medios suficientes, pero, desde luego, ilimitados, por supuesto —contestó—. Pero no sería cosa fácil, créanme.

—Tengo la sensación de que los trabajos dieron comienzo hace bastantes años —intervino Murynia—. Sin embargo, no puedo darles apenas detalles.

—¿Cómo lo haría usted, profesor? —quiso saber el joven.

—Bueno... un pozo muy profundo, circular... y el combustible suficiente para actuar a modo de cohete. Pero la excavación de ese pozo llevaría un tiempo enorme...

—No con una o varias máquinas de transformación

por separación —alegó Brenn—. Actúan con enorme rapidez, disgregando las moléculas de todo género, en este caso, las de los cuerpos sólidos.

—Sí, en tal caso, resultaría más sencillo. Pero la cantidad de energía que se requeriría escapa a los límites de la comprensión humana.

—Si se está haciendo, se puede comprender, profesor —dijo Murynia.

—Guy, en su opinión, ¿qué beneficios puede obtener Kaddydon de semejante operación? —preguntó Vutznoy.

—En primer lugar, cambiar el ambiente de Ashktar IV y hacerlo menos inhóspito. Pero se ha calculado que la órbita nueva llevará al planeta a incorporarse al Décimo Sistema de Wallinbor, con las consiguientes perturbaciones orbitales en los planetas de la Confederación, de los que Paradise puede ser un buen ejemplo.

—He oído hablar de las catástrofes de Paradise, en efecto; pero no tenía la menor idea de que tuviesen un origen artificial —manifestó el profesor.

—Indudablemente, Wallinbor financia la operación. Al sistema le conviene —dijo Brenn—. Pero no acabo de entender los motivos... ¿Hay algo en Ashktar IV, además de los hielos, que pueda convenir también a Wallinbor?

—Sólo una persona podría decírnoslo —afirmó Murynia.

—¿Kaddydon? —sugirió Brenn.

—El mismo, Guy.

Brenn se acarició la mandíbula.

—Temo que habré de enfrentarme directamente con ese condenado reyezuelo de los hielos —dijo.

Murynia se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó él, extrañado.

—Has dicho reyezuelo. Kaddydon mide doscientos diez centímetros de estatura, pesa ciento cincuenta kilos y es capaz de levantar del suelo, sin apenas esfuerzo, una pesa de cuatrocientos kilos. Yo le he visto levantar una de trescientas cincuenta kilos cincuenta veces en dos minutos.

—Las piernas me tiemblan —dijo Brenn—, ¿De dónde ha salido esa bestia?

—Actúe usted como David frente a Goliath —le aconsejó Vutznoy—. Pero el problema estriba ahora en llegar a Ashktar IV sin ser detectados. Es de suponer que tengan un sistema de escucha muy perfeccionado...

—Yo iba y venía cuando quería —refunfuñó Brenn.

—Pero no en las inmediaciones de la Gran Cordillera —dijo Murynia.

—Eso sí es cierto. Jamás estuve a menos de quinientos kilómetros de esa sierra. Y llegar a pie o en trineo mecánico desde lejos, debe de resultar punto menos que imposible.

—Sin embargo, creo que hay un medio para llegar a Ashktar IV sin ser advertidos. Mejor dicho, sin que sospechen de nosotros —dijo Vutznoy.

—¿Cómo? ¿Es que piensa venir también? —se asombró Brenn.

—Muchacho, este asunto empieza a apasionarme... —confesó el científico—. Por nada del mundo dejaría

yo de meter las narices en un lugar donde hay las máquinas suficientes para arrancar a un planeta de su órbita y conducirlo, presumo, a otra que ya ha sido establecida de antemano.

—Muy bien, se acepta su colaboración, profesor. ¿Cuál es el medio para llegar a la Gran Cordillera sin levantar sospechas, aunque nos detecten?

Vutznoy sonrió.

—Encontramos el rastro de la nave de Murynia, ¿no es así? —recordó.

—Pero en Trimaq son autosuficientes...

—Guy, jamás hay nadie autosuficiente en la absoluta extensión del vocablo. Puede que ellos produzcan todos los materiales necesarios para sus máquinas, así como el combustible que se precisa para mover las plantas de fuerza, pero algo les faltará, digo yo. Comida, ropas, medicamentos..., tal vez alguna pieza de extremada precisión... Y las naves que viajen a Trimaq con pertrechos para la fábrica que hay en la Gran Cordillera, créanme, tendrán señalada una órbita de aproximación bien definida, de la cual no se podrán apartar, so pena de ser destruidas por un torpedo espacial.

—Creo que le comprendo, profesor —dijo Brenn—. Usted lo que trata de indicarnos es que con su detector de estelas, podemos seguir la de una nave que se dirija a Trimaq y llegar allí sin riesgos.

—Exactamente —confirmó Vutznoy.

Brenn volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Qué opinas, Murynia? —consultó.

—La idea del profesor puede ser perfectamente

viable —contestó la muchacha.

Brenn se puso en pie. La conversación había tenido lugar en la pequeña cámara que hacía también las veces de comedor.

—Creo que hay tres jornadas de viaje todavía —dijo—. Iré a programar una órbita que nos sitúe en expectativa, a un día de Ashktar IV. A partir de entonces, el profesor hará funcionar un detector de estelas, ¿no es así?

—Cuente con ello, muchacho —respondió Vutznoy.

CAPÍTULO XII

El sueño de Brenn era muy agradable.

Estaba corriendo por un prado, cogido de la mano con Murynia. Ella vestía una blusita y pantalones cortos y su pelo ondeaba libremente al viento.

El prado estaba cubierto de florecillas silvestres. Había un arroyo y muchos árboles.

Súbitamente, el hombro izquierdo del joven tropezó con el tronco de un árbol.

—¡Maldito árbol! —dijo.

—Despierte, Guy —sonó la voz de Vutznoy—. Yo no soy ningún árbol.

La mano del profesor sacudía vigorosamente el hombro de Brenn. El joven se sentó bruscamente en la cama.

—¿Sucedó algo? ¿Ha detectado ya alguna estela? —le preguntó.

—No, todo lo contrario. Nos han detectado a nosotros, Guy.

—¡Rayos! —exclamó el joven, sin poder contenerse.

—La chica dice que las señales que se perciben son de una patrullera que nos ordena detenernos —manifestó Vutznoy.

Brenn saltó de la cama en el acto.

—Ahora me reúno con ustedes —dijo, muy preocupado por la noticia que acababa de recibir.

Una patrullera les ordenaba detenerse... A cientos de miles de kilómetros por segundo, la frase resultaba

un absurdo, pero era consecuencia de un condicionamiento con el pasado, del que los hombres no se habían desprendido todavía.

La realidad era que el comandante de la nave de patrulla les ordenaba establecer una órbita determinada, que le permitiría acercarse a la de Brenn, a fin de pasar a bordo e investigar la documentación.

Las señales eran inconfundibles.

—No hay otro remedio que obedecer —dijo el joven.

Y envió la señal de que había captado la orden de «detención» y de que estaba dispuesto a someterse a la investigación de los miembros de una patrulla de vigilancia en el espacio.

—Algunas veces me ha sucedido. Es una operación de rutina —dijo, para tranquilizar a sus acompañantes.

—¿Son muchos los patrulleros? —preguntó Murynia.

—Ordinariamente, la tripulación consta de tres miembros, el jefe de la patrulla y dos simples patrulleros. Espero que ahora suceda lo mismo —respondió Brenn.

La computadora de rumbos había recibido ya los datos para establecer una nueva órbita. Los indicadores marcaban ahora una velocidad mucho más reducida que, sin embargo, no se advertía a bordo de la nave, merced a los anuladores de efectos gravitatorios.

Media hora más tarde, la pantalla de visión telescópica mostró la imagen de una imagen que se les aproximaba con gran lentitud.

—No hay duda —confirmó Brenn—, es una patrullera.

—Supongo que no nos harán nada —dijo Murynia, aprensiva—. Me sabría muy mal que esos hombres nos detuvieran.

—En todo caso, tú eres un simple pasajero. El responsable soy yo y nadie más sufriría las consecuencias de esta detención. Por otra parte, no hay motivos para ello; en estos momentos, estoy completamente «limpio».

—Es probable que a ti no te sucediera nada, pero mi caso sería muy distinto. Kaddydon podría reclamarme y obligar a los patrulleros a que me llevaran a Trimaq.

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Vutznoy—. Sería una acción ilegal...

—No, porque figuraría dentro de los términos del tratado que Kaddydon firmó con la Confederación y los jueces no tendrían otro remedio que devolverme a Ashktar IV —contradijo la muchacha.

—De todas formas, no hay motivos para sentir alarma. Es una simple inspección de rutina, que no tiene por qué intranquilizarnos —aseguró el joven.

* * *

La nave de patrulla se colocó al costado de la de Brenn. Los ojos del cazador observaron pensativamente los números y distintivos del artefacto.

Todo parecía en regla, se dijo. La demora sería insignificante.

Una voz resonó en el receptor de radio:

—Abran la esclusa de acceso personal, por favor.

—Al momento —contestó Brenn.

Tres hombres, equipados con sus trajes espaciales, recorrieron fácilmente los pocos metros que les separaban de su objetivo. Era algo a lo que Brenn no se podía acostumbrar nunca del todo: dos naves, volando por el espacio a velocidades inconcebibles y, sin embargo, en aquellos momentos parecían absolutamente inmóviles, dada la falta de puntos de referencia cercanos.

Los indicadores anunciaron que la compuerta exterior estaba cerrada. Brenn envió aire a la esclusa, para equilibrar la presión, y a los pocos minutos, accionó el mando de la compuerta interior.

Tres hombres penetraron en la cámara de mando. Ya se habían despojado de sus cascos, aunque todavía llevaban puestos los trajes de vacío, en los que podía verse el emblema de las Patrullas del Espacio.

—Capitán Doradus —se presentó el jefe de la patrulla, a la vez que se llevaba la mano derecha a la sien—. Lamento perturbar su viaje, pero confío en que sepan disculparnos, pensando en que lo hacemos simplemente como cumplimiento de nuestro deber.

—No se preocupe, capitán —sonrió Brenn—. A bordo, todo está en regla.

—Me gustaría ver su documentación, señor —manifestó Doradus—. Lleva pasajeros, por lo que veo.

—Así es...

—He podido leer las cifras de identificación de su astronave. Es comercial, no de pasajeros, creo.

—Se trata de un caso excepcional...

—La documentación, por favor, señor —pidió

Doradus con cierta rigidez.

—Sí, capitán.

Brenn se dirigió hacia un panel, en el que abrió un cajón. Sacó un grueso libro y se lo entregó al oficial.

Doradus leyó superficialmente las anotaciones del libro. Luego lo cerró de golpe y se encaró con el joven.

—Lo siento mucho, pero debo llevarme arrestados a los tres —manifestó.

Murynia se puso pálida.

—Capitán... —empezó a decir Brenn, pero Doradus no le dejó continuar.

—Los nombres del profesor Vutznoy y de la señorita De Vyrr han sido omitidos de la documentación de la nave. Es mi deber comunicarles que, a partir de este momento, están bajo arresto. Los tres —puntualizó el oficial.

Murynia estaba a punto de echarse a llorar. Vutznoy soltó una gruesa interjección.

En cambio, Brenn no se inmutó.

—Capitán, en este mundo todo tiene arreglo —dijo campechanamente—. Aquí somos todos personas discretas y nadie se enterará de que usted no ha encontrado la documentación en regla. Tampoco se enterará nadie, por supuesto, de los veinticinco mil créditos que tengo en el bolsillo para que se los repartan entre usted y sus hombres.

* * *

Murynia contuvo el aliento.

Era un claro caso de soborno. ¿Aceptaría Doradus?, se preguntó.

El oficial se puso tieso.

—Me parece que no he oído bien —dijo.

Brenn agitó las manos.

—Bien, bien, capitán, no se sulfure. Aumento la oferta a cincuenta mil, justo el doble de lo que cobran entre los tres al año.

—Señor Brenn, lo lamento infinito, pero no acepto ninguna clase de soborno...

Doradus ya no pudo seguir hablando. Un puño se estrelló contra su mandíbula con terrible fuerza y se desplomó sin sentido instantáneamente.

—Vaya un directo —comentó Vutznoy.

Los guardias, sorprendidos, tardaron en reaccionar. Cuando quisieron sacar sus armas, se encontraron con sendos chorros de gas narcótico que el joven les dirigía al rostro.

Instantes después, hacían compañía a Doradus.

Murynia se sintió repentinamente muy afligida.

—Estamos perdidos —gimoteó—. Guy, has atacado a unos patrulleros y ahora...

—¡Ni patrulleros ni rábanos que se les parezcan! —le replicó el joven secamente—. Son agentes de tu amiguito Kaddydon o de sus compinches de Wallinbor, ni más ni menos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, atónita.

—Es bien sencillo. Doradus pronunció tu nombre y el del profesor, que no constan en la documentación de la nave. Yo no había dicho nada, luego, ¿cómo lo sabía él?

—Pudo habérselo dicho su amigo el coronel Hernández —observó Vutznoy pensativamente.

—En efecto, cabía esa posibilidad. Pero Hernández

y yo convinimos una contraseña, que él hizo circular secretamente entre sus patrulleros. Si Doradus hubiera sido un patrullero auténtico, habría simulado aceptar el soborno.

—Oh —dijo Murynia, que empezaba a comprender.

Brenn sonrió.

—Doradus, por supuesto, quiso llevar su autenticidad hasta el máximo, rechazando el soborno, porque sabía que ningún patrullero lo habría aceptado. Naturalmente, ignoraba que ésa era la contraseña prevista y cayó en la trampa.

Vutznoy soltó una atronadora carcajada.

—Realmente, un truco lleno de ingenio —comentó.

Doradus había recibido igualmente su dosis de gas narcótico. Brenn les estaba ya colocando sus cascos espaciales.

—Dormirán varias horas —vaticinó Brenn—. Cuando despierten, estaremos muy lejos de aquí.

—Pero, de todas formas, sabrán que nos dirigimos a Trimaq...

Brenn se volvió hacia la muchacha.

—¿Te atreverías a cortarles el pescuezo o a lanzarlos al espacio sin su traje de vacío? —preguntó.

Ella se estremeció.

—Guy, qué cosas tienes —respondió, enojada.

—De todas formas, voy a asegurarme de que no podrán perseguirnos —dijo él.

Trabajó durante largo rato y realizó varios viajes de ida y vuelta a la nave patrullera. Al terminar, manifestó que todo estaba listo ya.

—En tal caso —dijo Murynia, bastante más animada—, pon rumbo a Ashktar IV.

—¿Tienes interés en volver allí? —preguntó él, sonriendo.

—Quiero ver al hombre que me salvó la vida y hablar con él detenidamente. Todavía ignoro los motivos de la acción de Rukyvan y deseo conocerlos.

—Con permiso de Kaddydon, por supuesto.

Murynia le miró oblicuamente.

—Tú te encargarás de conseguirlo, Guy —dijo, segura de sus palabras.

CAPÍTULO XIII

El profesor Vutznoy estaba examinando la carta estelar, cuando el joven entró en la cabina.

—¿Qué es lo que mira usted con tanto interés, profesor? —quiso saber.

—El sistema de Wallinbor —respondió Vutznoy—. He estado consultando también la enciclopedia galáctica y he encontrado cosas muy curiosas.

—¿Por ejemplo...?

—Hace algunos años, bueno, digamos unos treinta, hubo un planeta que se volatilizó en cuestión de días, convirtiéndose en polvillo estelar. Su nombre era Truphur III y nadie, hasta el momento, ha conseguido conocer las causas de la catástrofe. Por fortuna, se había previsto con tiempo de sobra y, en el momento de sobrevenir la disgregación, se hallaba completamente deshabitado. Me refiero a las personas, naturalmente, aunque creo que también se salvaron algunas especies de animales raros, propios de Truphur III, que se aclimataron con relativa facilidad en otros planetas del mismo sistema.

—Creo que entiendo. Quizá a Truphur III le pasó lo mismo que al supuesto planeta que, en el sistema solar, ocupaba la órbita que hay entre Marte y Júpiter.

—Casi se podría asegurar que ocurrió una cosa semejante, Guy —respondió el científico.

—Entonces, ahora hay en Wallinbor un cinturón de asteroides.

—Sí, la carta estelar los marca con bastante

exactitud.

—Pero nosotros no nos adentraremos siquiera en Wallinbor. Diciéndolo con palabras vulgares, ese sistema queda a unos cuantos años luz a la derecha de la órbita que seguimos.

—Bueno, pero parece que Wallinbor tiene algo que ver con su asunto, ¿no es así?

Brenn asintió pensativamente.

Las palabras de Vutznoy le hacían sentirse extrañamente preocupado. ¿Había alguna relación entre el estallido de Truphur III y las perturbaciones orbitales de Ashktar IV?, se preguntó.

—Profesor, cuando el que era quinto planeta del Sistema Solar y ahora no es sino un cinturón de asteroides, se desintegró, ¿no se produjeron en los demás planetas graves alteraciones en su superficie? Me refiero a mareas gigantescas, terremotos, tifones inconmensurables, hundimiento de continentes en el mar y alzamiento de masas sólidas desde el fondo de los océanos...

—Es muy probable que así fuera —convino Vutznoy—. Pero, en todo caso, ocurrió en una época situada de la nuestra a varios cientos o miles de millones de años. Quizá entonces el primer protozoo luchaba por abandonar el fondo de los mares y convertirse, por evolución, en un ser humano, pero, en todo caso, como digo, ello ocurrió hace muchísimos millones de años y no se conserva memoria del suceso, lógicamente.

—Es curioso —murmuró Brenn—. Un planeta estalla en Wallinbor y la noticia se mantiene oculta...

—Diga usted mejor, la noticia de las catástrofes que, necesariamente, hubo de producir ese estallido. Incluso diría que todavía están produciéndose, porque treinta años es menos que una mota de polvo en el tiempo del Infinito.

—Sí —convino el joven—, comparado, por ejemplo, con una playa, ese plazo de tiempo no es ni la milmillonésima parte de un granito de arena.

—Exactamente —respondió Vutznoy.

La voz de Murynia sonó en aquel momento:

—¡Estamos en la estela que conduce a la Gran Cordillera!

* * *

Vutznoy examinó atentamente las indicaciones de la pantalla. Luego dijo:

—Es una estela reciente. Tiene menos de ocho días.

Brenn tomó nota de las marcaciones que se observaban en los instrumentos y corrió hacia la pantalla telescópica. A los pocos momentos, exclamó:

—¡Ashktar IV a la vista!

—¿Cuál es la distancia? —preguntó Vutznoy.

—Sesenta y dos millones de kilómetros. Ya tendrían que habernos detectado y, posiblemente, lo hayan hecho ya, pero no darán importancia al suceso.

—¿Por qué? —preguntó Murynia.

—Estamos siguiendo un canal que sólo utilizan determinadas naves, cuyos comandantes, en buena lógica, deben conocerlo de antemano. Por tanto, no resultamos sospechosos.

—¿Dónde tomaremos tierra, Guy? —quiso saber la muchacha.

—¿Conoces tú la residencia de Kaddydon?

—Desde luego.

—En tal caso, llegaremos en la hora de oscuridad. Como en Brarysk XI, el profesor se quedará en la nave. Tú y yo iremos a visitar a Kaddydon.

—Me asigna usted el peor papel —se quejó Vutznoy.

Brenn se volvió hacia el profesor.

—¿Por qué lo dice? —inquirió.

—Hombre, ahí, en ese planeta, hay algo maravilloso, una serie de artefactos capaces de desviar su órbita. Usted no me quiere bien, si trata de impedirme que los vea.

El joven se echó a reír.

—Está bien, me llevaré una caja de control remoto y mantendré a la nave a un nivel subatmosférico —dijo—. ¿Satisfecho, profesor?

—Encantado, muchacho —contestó Vutznoy, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Pero quiero advertirles a los dos una cosa: en ningún momento habrán de desatender mis indicaciones. La obediencia será estricta. ¿Entendido?

—Tú eres el patrón, Guy —dijo Murynia, mirándole con ternura.

* * *

La caja de control remoto contenía numerosos mandos, entre ellos los que accionaban el ascensor. Realmente, no había noche en Ashktar IV, sino una grisácea penumbra, que hacía más deprimente el panorama.

El suelo era hielo puro. Brenn consultó el

termómetro exterior de su traje y vio que la temperatura era de -77 °C.

—Un país delicioso —masculó—. Yo no viviría aquí, ni aunque me pagasen a diario una fortuna.

—Por menos has venido, Guy —dijo Murynia, socarrona.

Brenn soltó un bufido. Ella tenía razón.

Hablaban a través de los transmisores de radio de sus respectivos trajes térmicos, sintonizados en una onda determinada. Brenn confiaba en que sus conversaciones no fuesen captadas por los servicios de escucha de Trimaq.

Su confianza se basaba, sobre todo, en que creía no les aguardaban en aquel lugar ni a tales horas. El efecto de sorpresa podía servir de mucho para la captura de Kaddydon.

El aparato de control remoto envió el ascensor a la nave y a ésta la hizo ganar varios miles de metros de altura. Entonces, Murynia tendió una mano:

—Allí está la capital —señaló.

Apenas si se divisaban algunos amontonamientos de hielo que, en modo alguno, tenían forma de casas. Murynia empezó a caminar con paso firme hacia lo que parecía una gran pirámide blanca.

—La ciudad tiene varias entradas —explicó—. Naturalmente, son esclusas que conservan el calor interior. Las calles, puede decirse, son subterráneas todas.

—Como la residencia de Kaddydon —dijo Brenn.

—Si, pero es una unidad independiente y sólo tiene una entrada.

—Mal asunto —terció Vutznoy—. Debería de tener una salida de emergencia.

—En todo caso, las desventajas son para todos —dijo Brenn.

Minutos más tarde, llegaban a la entrada de la esclusa que permitía el acceso a la residencia de Kaddydon.

—Como era de esperar, está cerrada —murmuró el joven.

Murynia alargó la mano e hizo presión en un determinado punto de la esclusa.

—Ahora acudirá un guarda a abrir —dijo, a la vez que se apartaba a un lado—. El resto es tuyo, Guy.

Brenn hizo un gesto con la mano. Vutznoy también se separó de la compuerta, que era de un grueso vidrio, cuya transparencia se mantenía merced a una batería de ventiladores que emitían aire caliente incesantemente, impidiendo así la acumulación de hielo.

A los pocos momentos, brilló una luz al otro lado del cristal. Un hombre, vestido con un mono de pieles y armado con una pistola, hizo señas con la mano.

Brenn le contestó de la misma forma. El centinela le señaló un micrófono situado a uno de los lados de la compuerta.

—Quiero hablar con Kaddydon —manifestó.

—Ahora duerme...

—Es muy urgente —dijo Brenn—. Se trata del agente de Hernández.

El centinela debía de hallarse informado sobre el particular, porque ya no perdió más tiempo y accionó

el mando de apertura. También se había puesto un casco protector contra el intensísimo frío que reinaba en el exterior.

—¿Qué sucede con ese hombre? —preguntó el centinela—. Tenemos noticias de que estaba a punto de ser capturado...

—Ahora no tengo tiempo de contarte lo que pasa —dijo Brenn—. Condúceme inmediatamente a presencia de Kaddydon.

—Muy bien, vamos allá.

Franquearon la segunda compuerta y entraron en un vasto corredor de piedra. Un termómetro, junto a la entrada, marcaba 22° positivos.

El centinela se quitó el casco.

—Tienes que quitarte el traje térmico —indicó, a la vez que se volvía hacia Brenn—. A Kaddydon no le gustan los ropajes muy abultados.

—Pueden esconderse armas debajo, ¿verdad? —dijo Brenn con sorna. Y casi en el mismo instante, disparó de nuevo su pistola de gas narcótico.

Los efectos, como de costumbre, resultaron fulminantes. Brenn sonrió un momento, mientras contemplaba al ácido, y luego abrió la compuerta interna. Hizo lo propio con la exterior y agitó la mano.

—El paso está libre —anunció.

—¿Ha resultado difícil? —preguntó Vutznoy.

Brenn se echó a reír.

—No me gusta presumir de inmodesto —contestó—, pero ha caído en la trampa como un pajarillo.

—De todas formas, no te confíes —advirtió Murynia—. Además de su fuerza hercúlea, Kaddydon

es muy astuto y desconoce la piedad.

—Lo tendré en cuenta, nena —aseguró el joven—. Y ahora, puesto que conoces la guarida, guíanos a la presencia de Kaddydon.

CAPÍTULO XIV

Era un hombre enorme, desde luego, reconoció Brenn, al contemplar a Kaddydon dormido, en un gigantesco lecho, en el cual hubieran cabido sin dificultad media docena de personas.

Una hermosa mujer dormía a su lado, con la cabeza reclinada en su inmenso pecho. Brenn la narcotizó mediante una breve dosis de gas.

—¿Por qué no le duermes también a él? —se extrañó Murynia.

—Tú no me quieres bien —sonrió el joven—. ¿Pretendes acaso que me deslome transportando a la espalda ese inmenso saco de grasa?

Kaddydon roncaba estrepitosamente. Sobre una mesa, Vutznoy divisó varias botellas, casi todas vacías.

«Le gusta el licor», dedujo en el acto.

—Murynia, trae agua —pidió Brenn.

Ella se dirigió a un cuarto de baño contiguo. Momentos después, volvía con una gran jarra, cuyo contenido fue a parar íntegro a la cara de Kaddydon.

Se oyó un sonoro bramido. Kaddydon se sentó de golpe en la cama y miró encolerizado a su alrededor.

—¿Qué diablos...?

Brenn sonrió.

—Despierte de una vez, gigante —dijo—. Tiene visita.

Los ojos de Kaddydon contemplaron estupefactos a las tres personas que se hallaban en torno al lecho. De pronto, reconoció a Murynia y lanzó un rugido de

furor.

—Tú, maldita...

Y quiso saltar de la cama, pero Brenn cortó su gesto en seco.

—Kaddydon, mire lo que tengo en la mano —indicó.

—¿Qué clase de proyectiles dispara ese trasto? —preguntó el gigante.

—Si se está quieto, no le daré ocasión de saberlo... —respondió Brenn.

—Guy, has pronunciado una frase incorrecta —corrigió Vutznoy—, Precisamente lo que no queremos es que ese individuo se esté quieto.

—Tiene usted razón, profesor —convino el joven—. Kaddydon, vístase; tiene que venir con nosotros.

—¿Adónde, si se puede saber? —preguntó el aludido hoscamente.

—Ya lo sabrá cuando estemos a bordo de su trineo. Vamos, empiece ya.

Kaddydon abandonó la cama, cubierto solamente con un pequeño taparrabos. Su corpulencia resaltaba aún más puesto en pie.

A Brenn le pareció un oso con figura humana. La cantidad de vello que había en aquel colosal corpachón resultaba increíble.

Kaddydon se puso un traje elástico de una sola pieza. De pronto, creyendo hallar desprevenido al joven, se arrojó contra él, a la vez que emitía un tremendo rugido.

Brenn disparó el arma. Una bola de aire comprimido golpeó el tórax de Kaddydon, haciéndole

vacilar.

Media docena de descargas más dejaron vacíos de aire los pulmones de Kaddydon. El gigantesco individuo, jadeante, contemplaba con expresión atónita aquella arma de la que no había tenido la menor noticia hasta entonces.

—Póngase el traje térmico —ordenó Brenn.

A Kaddydon ya no le quedaban fuerzas para desobedecer. Sus ojos estaban inyectados en sangre, pero era debido a la furia impotente lo que provocaba aquel fenómeno, y no a una causa natural.

Minutos más tarde, estaba dispuesto para salir. Brenn cambió entonces de arma.

—Esta pistola es muy antigua —dijo—. Dispara balas de quince milímetros de calibre, capaces de hacer saltar en pedazos el cráneo de un mastodonte, cuánto más el suyo. Y no dude de que apretaré el gatillo, a poco que usted me obligue a ello.

Kaddydon no dijo nada.

Murynia le contemplaba atentamente. Estaba segura de que aquel perverso individuo buscaba la mejor manera de librarse de sus captores.

—Ten cuidado, Guy —musitó, aprensiva.

—No le perderé de vista un solo instante —respondió el joven.

Acto seguido, sintonizó la radio del traje de Kaddydon con la misma frecuencia que usaban ellos. Luego apoyó la pistola en su espalda.

—Andando —dijo.

* * *

El trineo de Kaddydon estaba en un cobertizo

situado en el exterior. Sustancialmente, eran dos grandes patines, que sostenían una extensa plataforma con varios asientos. Un motor, situado en la popa, accionaba una especie de turbina, que era la que propulsaba al aparato a velocidades que variaban según el estado del suelo.

La energía que movía la turbina era eléctrica, recargable por una dínamo. En la parte anterior llevaba un potente reflector, con dispositivo alineador de las ondas luminosas, que permitía la visión perfecta en las más adversas condiciones ambientales.

—Yo me encargaré de manejar el trineo —dijo Murynia.

—De acuerdo —accedió Brenn.

La muchacha se sentó en el asiento del conductor. Vutznoy lo hizo a su lado.

Kaddydon se sentó en el asiento central. Brenn ocupó un puesto inmediatamente detrás de él.

—Todavía no me han dicho dónde he de guiarles —refunfuñó el gigante.

—Hay una fábrica muy interesante en la Gran Cordillera —respondió Brenn significativamente.

La cara de Kaddydon se crispó en una mueca de furor.

Murynia arrancó en el acto.

—De momento, me dirigiré hacia la Gran Cordillera —manifestó—. Usted, Kaddydon, nos indicará luego el camino de acceso a la fábrica.

En pocos minutos, el trineo adquirió una gran velocidad. Brenn observó que el suelo mostraba una lisura excepcional.

—Muchos trineos circulan a diario por aquí, ¿no es cierto? —dijo con cierta sorna.

Kaddydon no contestó. Brenn se imaginaba fácilmente el estado de ánimo del colosal individuo.

Transcurrió algo más de una hora. En el horizonte, se divisó de pronto algo que alteraba la infinita monotonía de la llanura de hielo.

—Tenemos la Gran Cordillera a la vista —dijo la muchacha—. ¿Cuál es la ruta, Kaddydon?

El interpelado no contestó. Brenn hizo presión en su espalda con la pistola.

—Responda —ordenó.

—Diez grados a la derecha, al llegar al espolón Oeste. El camino está claramente señalado —gruñó Kaddydon.

Los enormes farallones de la cadena de montañas se hacían más visibles a cada segundo que transcurría. Brenn calculó que la Gran Cordillera tenía cotas no inferiores a los quince mil metros.

Su longitud parecía inacabable. El macizo montañoso tenía una anchura de cincuenta o más kilómetros.

Recordó los mapas y las fotografías que había estudiado en el despacho del coronel Hernández. Había en el centro de la Gran Cordillera una enorme depresión, de forma ovalada, en cuyo interior, sin duda, se hallaba la fábrica que buscaban, así como la inmensa maquinaria que servía para arrancar al planeta de su órbita.

Un colosal espolón, que parecía más bien una aguja de hielo, de incalculables dimensiones, apareció

de pronto a la vista de los viajeros.

—El espolón Oeste —anunció Murynia.

Una lámpara centelleó de pronto en el cuadro de mandos del aparato.

—La radio llama —dijo ella.

—No contestes —prohibió Brenn en el acto.

—¿Por qué? —exclamó Kaddydon—, Se extrañarán más de mi silencio, ¿no cree?

Brenn vaciló un momento, aunque no tardó en llegar a una decisión.

—Adelante, Murynia —indicó—. Pásale el micrófono. Que lo pegue al cristal del casco; de este modo, no sólo podrá escuchar lo que le dicen, sino también emitir sus respuestas, por la simple vibración del casco.

—Muy bien —contestó ella—. Pero será necesario sintonizar nuestros transmisores en la onda del receptor del trineo.

Momentos después, Kaddydon estaba dispuesto para recibir el mensaje. Una voz sonó en los auriculares de los cuatro:

—Señor, habla el capitán Doradus. Estuve a punto de capturar a Brenn y a sus acompañantes, pero se me evadieron. Siento no haber podido comunicárselo antes, pero Brenn, antes de abandonar mi nave, destruyó todos los aparatos de radio...

—Está bien, siga, siga —dijo Kaddydon, impaciente.

—Pero no hay que preocuparse por ello, señor. Acabo de recibir un importante mensaje de uno de nuestros agentes en Nearee II. Brenn compró tres trajes

térmicos y los tres tienen averiadas sus unidades térmicas. Dejarán de funcionar antes de las dos horas de haber entrado en uso y los tres morirán congelados.

* * *

Kaddydon lanzó una estentórea carcajada. Murynia, por contra, chilló de miedo.

Su traje llevaba funcionando casi dos horas, con el intervalo de la permanencia en casa de Kaddydon, en que, al igual que sus dos acompañantes, había parado la unidad térmica. Por tanto, le quedaban unos minutos de vida.

La muchacha vaciló.

—Frena un poco, Murynia —dijo Brenn.

Ella obedeció. La velocidad del trineo bajó a menos de cincuenta kilómetros por hora.

Brenn aflojó la presión de la pistola sobre la espalda de Kaddydon. El gigante, repentinamente, dio un manotazo al arma de fuego y luego, sin pensárselo dos veces, se lanzó fuera del vehículo.

Kaddydon rodó varias veces por el suelo. Brenn volvió la cabeza.

Una singular sonrisa flotaba en sus labios.

—¡Acelera, Murynia!

—Pero...

—¡Haz lo que te digo!

La voz del joven era demasiado imperativa para que Murynia siguiese con sus vacilaciones. El trineo alcanzó en pocos minutos una velocidad de ciento veinte kilómetros a la hora.

Por señas, Brenn indicó a sus compañeros que volviesen a la frecuencia privada. Ellos le entendieron

en el acto.

—No hay motivos de alarma; nuestros trajes se encuentran en perfecto estado —dijo.

—¡Caramba! —se sorprendió Vutznoy—. ¿Cómo puede decir tal cosa? Doradus parecía bastante concluyente en su informe.

—Cierto, pero no estuvo en mi nave más que unos pocos minutos —contestó Brenn—. Y cuando yo salgo de viaje por el espacio, tengo por norma invariable repasar mi equipo a fondo. Hay días de sobra para hacerlo y así descubrí la avería deliberada en las unidades térmicas de nuestros trajes.

—Y conseguiste reparar...

—Nada de eso; los cambié por los de Doradus y sus acólitos.

Vutznoy se echó a reír.

—Es usted infernalmente astuto, Guy —dijo—. De modo que si ahora Doradus y sus secuaces aterrizan en el desierto de hielo...

—Se morirán de frío —aseguró el joven implacablemente. Acto seguido, añadió—: Murynia, creo ver la desviación que conduce a la fábrica. No olvides que tenemos una misión que cumplir.

—Sí, Guy —respondió ella, sintiéndose notablemente más aliviada, después de las palabras que acababa de escuchar.

Brenn se volvió una vez en su asiento.

Sonrió satisfecho. De Kaddydon no se divisaba el menor rastro.

CAPÍTULO XV

Algo que parecía un poste de forma irregular llamó de pronto la atención de Brenn.

—Para, Murynia.

La muchacha frenó. Brenn saltó al suelo y se acercó a la supuesta aguja de hielo. Vutznoy le siguió también, muy intrigado.

—¿Qué está mirando usted, Guy? —preguntó.

—Me lo suponía —contestó el joven—. Es un detector.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Murynia.

—El suelo es demasiado irregular fuera del camino, tanto, que sólo podríamos ir en un vehículo dotado de orugas. Cualquier trineo que pase por aquí, emitirá una señal, que será captada por el detector. Los centinelas no estarán demasiado lejos.

Murynia tendió la vista hacia el panorama que se extendía ante ellos.

Había amanecido ya, aunque la luz del día tenía muy poca intensidad. Sin embargo, creyó ver a lo lejos una inmensa construcción, de varios kilómetros de largo, por casi quinientos metros de altura, disimulada con ciertas irregularidades de factura evidentemente no debida a la naturaleza.

—La fábrica —murmuró.

—Sí, allí está —convino el joven—. Y aquí dejamos el trineo, para seguir a pie. Por favor, no pasen por delante del detector.

Brenn regresó al trineo y cargó con una pesada

mochila que se echó a la espalda. Tomó también su rifle contundente y echó a andar.

—Daremos un pequeño rodeo para evitar ser vistos —dijo.

Murynia y Vutznoy le siguieron puntualmente. El profesor disponía de una cámara fotográfica, capaz de tomar centenares de placas.

—Por nada del mundo querría dejar sin registrar todo lo que vea —había explicado en el momento oportuno.

Guiados por Brenn, caminaron por una ladera, desde la cual la perspectiva era aún más amplia. De repente, oyeron un distante rugido.

Una columna que parecía de humo gris, de varios kilómetros de anchura, se elevó a gran velocidad hacia el espacio. El suelo trepidó ligeramente.

Arriba, en las crestas, se desprendieron algunos bloques de hielo. Brenn y sus acompañantes se detuvieron un rato, hasta que concluyó el fenómeno, cuya duración superó los treinta minutos.

—Quizá es una de las descargas que emplean para mover el planeta —sugirió Vutznoy.

—Muy probable —concordó el joven.

Siguieron andando. De pronto, cuando habían recorrido unos mil metros más, vieron algo que les hizo dudar de la integridad de sus mentes.

* * *

El agujero era de forma circular y medía, calculó Brenn, unos dieciocho kilómetros de diámetro. Una inmensa circunferencia de focos se encendió de pronto.

Los reflectores rodeaban por completo al agujero y emitían una luz de un colorido singular. Cuando alcanzaron su máximo de potencia, el agujero desapareció.

—Enmascaramiento por rayos de luz polarizada —explicó Vutznoy sucintamente.

Brenn se sentía atónito.

—Profesor, ¿qué máquinas hay capaces de abrir un pozo de semejantes dimensiones? —preguntó.

Vutznoy se encogió de hombros,

—Hoy día, para el hombre, hay pocas cosas imposibles —contestó—. De todas formas, algo es seguro, y es que esa obra no se ha realizado en unos pocos meses.

—Cuando yo era pequeña, ya se hablaba de hombres desaparecidos misteriosamente —terció la muchacha.

—¿Qué edad tiene Kaddydon? —preguntó Brenn.

—Unos cincuenta años, Guy.

—Lo que significa que esta obra se inició hará unos quince años, aproximadamente. ¿Quién se iba a fijar en ello entonces, si, incluso ahora, todo se hace en el más riguroso secreto?

—A mí lo que me gustaría es saber la profundidad del pozo —dijo Vutznoy—. Una obra semejante debe de tener unas dimensiones inconcebibles.

Dada la posición en que ahora se encontraban, la fábrica quedaba a unos mil metros de distancia a su izquierda. El borde del agujero estaba un poco más lejos, frente a ellos.

—Eso es cosa que se puede saber de inmediato —

dijo Brenn, a la vez que reanudaba la marcha.

El suelo era bastante irregular, lo que permitía caminar con precauciones para no ser vistos. Minutos más tarde, llegaban al borde del pozo.

—El que padezca de vértigos, que mire tumbado en el suelo —aconsejó Vutznoy.

Brenn y Murynia siguieron el consejo. La muchacha no pudo por menos de lanzar una exclamación de asombro al contemplar el abismo que se abría ante sus ojos.

—Esto no parece obra del hombre —murmuró Brenn, anonadado por la increíble profundidad del pozo.

Era tan hondo que, simplemente, no se veía su final, a pesar de que había luz en muchos puntos de sus paredes circulares, de una lisura casi completa. Brenn sintió de pronto que le daba vueltas la cabeza.

Lo de menos eran las ingentes sumas de dinero que se habían gastado en aquella obra colosal. Lo importante eran el esfuerzo y la maquinaria, sin contar con el ingenio que había sido capaz de idear una cosa semejante.

De pronto, Murynia agarró el brazo del joven.

—A tu izquierda, Guy —indicó.

Brenn volvió la cabeza. Inmediatamente, dijo:

—Cuidado, que no nos vean.

Agachados tras un bloque de hielo, contemplaron la procesión de hombres encadenados que, escoltados por una doble fila de guardias, se dirigían hacia el pozo.

—Trabajadores reclutados a la fuerza —adivinó

Brenn—. Murynia, ahí tienes la explicación de los hombres que desaparecían misteriosamente de tu país.

Ella asintió en silencio. Había cientos de individuos que caminaban resignadamente, impotentes para luchar contra los numerosos guardias armados que los vigilaban.

—Esos no son de Trimaq —murmuró ella.

—Wallinborianos, seguro —dijo Brenn—. Wallinbor pone el dinero y los guardias, y Kaddydon el suelo y los esclavos.

Súbitamente, Murynia se estremeció.

—Oh, Rukyvan también —dijo.

—¿El hombre que te salvó la vida?

—Sí. El desaprobaba lo que hacía Kaddydon. Nunca me lo dijo, pero, sin duda, lo sabía. Y tampoco le gustaba la costumbre de la madre que debe morir después de nacer su hijo. Por eso intentó salvarme.

—Y lo consiguió, ciertamente, aunque yo diría que Kaddydon lo supo y por ello envió a cuatro hombres a buscarte. Naturalmente, como desquite, envió a Rukyvan a trabajar al pozo.

Los pelotones de trabajadores, de cincuenta cada uno, entraban en unos gigantescos ascensores, que luego se perdían en las profundidades de aquella inmensa excavación. En realidad, más que ascensores eran naves descubiertas, con una simple barandilla de protección en los laterales. Dada la finalidad a que se destinaba el pozo, era imposible tener ninguna estructura o andamiaje en sus paredes.

Al cabo de un rato, presos y guardias desaparecieron en el pozo. Entonces, Brenn se puso en

pie.

—Vamos —dijo—. En la fábrica tiene que haber un centro general de control.

—Es una buena idea —aprobó Vutznoy.

Corrieron unos cientos de metros. De súbito, Brenn divisó un cable de enorme grosor que salía de la superficie del suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Vutznoy se arrodilló y examinó el cable, que no media menos de veinte centímetros de grosor. Inmediatamente, adivinó su objeto.

—Debajo de nosotros hay una planta de energía subterránea —aseguró—. Este es el cable principal de suministro de fuerza.

Brenn no se lo pensó dos veces. Arrodillándose en el suelo, se quitó la mochila, de la que sacó algo que enrolló en el cable. Luego agregó una pequeña cajita, con una diminuta antena, y se colocó otra análoga en el cinturón.

—Lo cortaré en el momento adecuado —dijo—. Sigamos.

Momentos después, se hallaban ante una de las entradas de la fábrica. Brenn asomó la cabeza y vio un espectáculo fabuloso, una nave cuyo final se perdía de vista, repleta de gigantescas máquinas automáticas, que funcionaban incesantemente.

Tan sólo, junto a una pared, había una cabina elevada, desde la que un operario vigilaba la buena marcha de la maquinaria. Las piezas elaboradas eran conducidas por una cadena transportadora a otra nave, que no estaba a la vista.

—Aquí no es —dijo, pasados unos momentos.

Continuaron su camino. Quinientos metros más adelante, se detuvieron ante una puerta de tamaño superior a las demás que no habían visto hasta entonces.

La puerta estaba en el fondo de un gran arco de medio punto. Impetuosa, Murynia se disponía a entrar, pero Brenn la retuvo por un brazo.

—Cuidado —murmuró.

Inclinándose, agarró un buen trozo de hielo y lo lanzó hacia la entrada. Hubo un ligero chasquido, un vivo fogonazo y el hielo se convirtió instantáneamente en una nubecilla de vapor de agua.

—Están bien protegidos, ¿eh? —rezongó Vutznoy.

Brenn meditó unos momentos. De pronto, apretó el interruptor de la caja de control que se había colgado del cinturón.

Las ondas de radio activaron la espoleta que provocó la explosión de la carga circular colocada en torno al cable. Todas las luces se extinguieron en el acto.

La fábrica se había quedado sin energía. Los reflectores de enmascaramiento del pozo se extinguieron igualmente.

—Vamos, adentro —exclamó Brenn.

Cuando se disponían a abrir, varios hombres armados salían por la puerta. Brenn se abrió paso mediante unas descargas de su pistola contundente. Murynia tenía otra igual y la usó con liberalidad.

Momentos más tarde, ascendían por una escalera que conducía a un enorme puesto de control. Brenn

cambió de pistola precavidamente.

Dos hombres, uno de ellos de aspecto autoritario, salieron a su encuentro. El que parecía mandar, preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en este lugar, sin el debido permiso?

Brenn agitó ligeramente la pistola que tenía en la mano.

—¿Qué le parece este permiso, amigo? —contestó significativamente.

CAPÍTULO XVI

El sujeto, tras una ligera sorpresa, se irguió orgullosamente.

—Soy el general Hassald —se presentó—. Este es mi ayudante, el coronel Furtkin. Sus nombres, por favor —solicitó.

—Brenn, De Vyrr, Vutznoy —contestó el joven lacónicamente.

—Guy, Hassald es un wallinboriano —exclamó la muchacha de pronto.

—Así es —confirmó el aludido—. No tengo por qué negar mi procedencia.

Brenn le hizo retroceder a punta de pistola.

—En tal caso, tampoco negará lo que está haciendo aquí —dijo.

Hassald apretó los labios.

—No tengo por qué darle explicaciones —respondió secamente.

Brenn hizo un gesto con la cabeza.

—Profesor, eche un vistazo a las instalaciones —ordenó.

Vutznoy se acercó a aquellos gigantescos cuadros de mando, paralizados en aquel momento por falta de energía. Brenn, como sus acompañantes, se había levantado la visera del casco del traje térmico, dada la benignidad de la temperatura interior.

—En tal caso, quizá pueda decir yo algo acerca de lo que están haciendo aquí —habló tranquilamente—. Y se puede decir en dos palabras: están secuestrando

un planeta.

Hassald palideció.

Brenn se echó a reír, porque se había dado cuenta de que sus palabras eran un impacto certero.

—Aunque lo más correcto sería calificarlo de robo —continuó—. Si, así como suena. Están robando un planeta y todo porque hace treinta años, Wallinbor se quedó sin Truphur III. ¿Me equivoco, general?

—Está usted muy bien enterado de todo lo que hacemos aquí, señor Brenn —dijo Hassald.

—No es que me hayan dicho muchas cosas; la mayor parte las he deducido por mí mismo. Pero fue para mí una especie de revelación enterarme de los desastres que la explosión de Truphur III produjo en Wallinbor. Colocando a Ashktar IV en la órbita de dicho planeta desaparecido, las cosas se arreglarían bastante en su sistema, ¿no es así, general?

Hassald hizo un gesto de asentimiento.

—Nos costó quince años de estudios llegar a una conclusión —explicó—. Ashktar IV era el más adecuado, no sólo por su masa, sino por sus características.

—Es una esfera de hielo...

—Debajo hay tierra, que un día será fértil. Y la mayor parte de los hielos cubren los océanos, que suponen las ocho décimas partes de la superficie total de Ashktar IV. El deshielo no planteará graves problemas, créame.

—En el planeta, es posible, pero no sucederá lo mismo en el sistema del cual forma parte —alegó Murynia con vehemencia—. En Paradise se han

producido ya grandes catástrofes, a causa de las alteraciones gravitacionales causadas por el cambio de órbita de Ashktar TV.

Hassald se encogió de hombros.

—No podemos evitarlo —contestó—. También en Wallinbor se han producido tremendas convulsiones. Hemos tenido cientos de millones de muertos y las perturbaciones pueden continuar aún centenares de años. Ashktar IV nos es absolutamente necesario.

—Tendrán que largarse a buscar otro planeta en algún sistema deshabitado —dijo Brenn—. Ashktar IV acabará por despoblarse, pero continuará en la Confederación.

Hassald le miró burlonamente.

—¿Lo evitarán ustedes tres? —preguntó.

—Lo evitará la poderosa flota de guerra que navega hacia aquí. Sus cañones espaciales bombardearán la fábrica y la destruirán por completo. El pozo, que no es sino el tubo de un colosal cohete propulsor, quedará cegado. Y de todas estas instalaciones, no quedará piedra sobre piedra. Comprenderá usted, general, que la Confederación no está dispuesta a que le roben un planeta —concluyó Brenn.

Hassald y su ayudante se sintieron intranquilos de repente.

—No es posible...

—¿Qué combustible usan para los momentos de proyección? —preguntó el joven.

—Simplemente, los propios materiales de desecho que se acumulan en la excavación, convertidos en

materia energética, mediante ondas transformadoras. Cada «empujón» tiene lugar, aproximadamente, una vez por mes.

Brenn recordó la gigantesca columna de humo que habían visto a su llegada.

—Un ingenioso procedimiento —calificó.

Vutznoy llamó su atención.

—Guy, envíe una bala a este punto —indicó con la mano.

—¡No! —chilló el ayudante, a la vez que se abalanzaba contra Brenn.

Un golpe con el cañón del arma lo derribó fulminado. Brenn disparó acto seguido hacia el lugar señalado por Vutznoy.

—Es el conmutador general —dijo el profesor, una vez que el proyectil lo hubo destruido—. Ahora, aunque empalmen el cable de nuevo, la fábrica no podrá funcionar en mucho tiempo.

—No funcionará ya jamás —aseguró Brenn—. El bombardeo empezará antes de una hora. Vámonos.

Hassald parecía anonadado, incapaz de reaccionar. Brenn y sus dos compañeros echaron a correr.

Salieron de la fábrica. De pronto, oyeron unos gritos atronadores:

—¡Huyan! ¡La fábrica va a ser bombardeada! ¡Escapen todos!

Brenn se volvió. Hassald y su ayudante, invadidos por el pánico chillaban frenéticamente.

La estampida se produjo en pocos momentos. Cientos de personas escaparon a pie y en trineos en todas direcciones. Los operarios que se disponían a

empalmar el cable, huyeron igualmente.

—Bueno —dijo Brenn, minutos más tarde, cuando aquel colosal complejo hubo quedado completamente desierto—, ahora sólo nos falta rescatar a los pobres desdichados que han sido abandonados en el fondo del pozo.

—Esa labor tendrá que aguardar un poco —manifestó Vutznoy—. Mire quién viene, Guy.

Brenn y Murynia volvieron la cabeza. Ella dejó escapar un grito de angustia:

—¡Kaddydon!

Kaddydon llegaba en un trineo, ocupado, además, por Doradus y sus dos secuaces. Doradus era el piloto y se detuvo para interrogar a los tripulantes de otro vehículo que se disponía a escapar de allí.

Lo que oyó Doradus le llenó de temor, así como a sus hombres. Inmediatamente, pasaron al otro trineo y abandonaron a Kaddydon, que bramaba de rabia impotente.

El gigante, sin embargo, no pensaba marcharse sin tomarse el desquite. Brenn lo adivinó y echó a correr.

—Aguárdame —gritó Kaddydon descompuestamente.

Brenn le sacó la lengua.

—Ven a buscarme —se burló de él.

Kaddydon paró el trineo y corrió en persecución del joven.

—Luego iré a por ti, Murynia —prometió.

Brenn se detuvo de pronto. Detrás de él había un montón de hielo.

Kaddydon se situó a cuatro o cinco pasos del joven.

—Te voy a aplastar —dijo.

—¿Por qué no empiezas ya? —le desafió Brenn.

—Te romperé todos los huesos, uno por uno... Has mentido miserablemente; no hay flota de guerra en las inmediaciones del planeta...

—Kaddydon, ¿te das cuenta de que rompiste el pacto firmado con la Confederación? ¿Sabes lo que te puede ocurrir por quebrantar tus compromisos?

El gigante se encogió de hombros.

—Wallinbor me protegerá. A él le interesa este planeta —contestó.

—Wallinbor no se llevará a Ashktar IV. Si quieren evitar la catástrofe que origina la desaparición de Truphur III, tendrán que ir a buscar otro planeta en un sistema deshabitado. Pero Ashktar IV se quedará donde está, de eso puedes estar seguro.

Un bramido de rabia se escapó de la garganta de Kaddydon. Inesperadamente, se abalanzó contra Brenn.

Murynia lanzó un grito de terror. Súbitamente, Brenn saltó a un lado.

Incapaz de contener su impulso, Kaddydon tropezó con el montón de hielo y empezó a caer. Brenn, rápido como el rayo, lo agarró por los tobillos y aprovechando la misma caída de su adversario, lo hizo voltear en el aire.

El borde del pozo estaba a un metro de distancia. Kaddydon saltó al vacío.

Un horrible alarido brotó de su garganta al darse cuenta de que iniciaba una caída de cincuenta kilómetros de profundidad. La oscuridad del pozo se

tragó su figura pataleante en contados momentos.

Murynia no se pudo contener. Corrió hacia el joven y lo abrazó estrechamente.

* * *

—Una buena labor —dijo Hernández simplemente, un par de semanas más tarde—. Y un buen farol, cuando amenazó con el bombardeo de una inexistente flota de guerra.

—¿Qué es un farol? —preguntó Murynia, presente en el despacho del coronel.

Brenn se echó a reír.

—Luego te lo explicaré —dijo—. Coronel, ¿qué planes tienen con respecto a Ashktar IV? —preguntó.

—Vutznoy en persona se encargará de devolverlo a su órbita. Es una labor que le fascina. Ha dicho que, con su rastreador de estelas, la cosa resultará más fácil. Ah, la academia le ha nombrado miembro de honor.

—Se lo merece —dijo Murynia.

Hernández entregó un sobre al joven.

—¿Qué es eso? —preguntó Brenn.

—Dos pasajes. Para la Tierra —contestó Hernández.

—Pero yo no quiero ir...

—A ella le conviene vivir en un lugar con sol —dijo el coronel, impasible—. No se queje, Guy; se lleva una guapa esposa y un millón de créditos. Pero no le queremos más por aquí.

Brenn suspiró.

—Y ésa es la recompensa que un patriota recibe por...

—No te quejes —exclamó Murynia, tirando de él hacia la salida—; es la mejor solución para todos,

—Guy, empiece a pensar que las mujeres siempre tienen razón —dijo Hernández socarronamente.

Brenn hizo una mueca.

—Yo, casado..., quizá con una granja..., quieto siempre en el mismo sitio... —se lamentó.

—Y dentro de algunos años, con varios chiquillos —profetizó el coronel—. Eso le atará muchísimo y le hará olvidarse de que un día fue cazador de zorros moteados.

Brenn miró a la muchacha. Ella sonrió.

—¿Es que no te gusta la perspectiva? —preguntó Murynia.

—A mí me gustaría cambiarme por usted —dijo Hernández.

—Eso sí que no —exclamó Brenn precipitadamente—. ¿Me toma por loco?

Murynia rompió a reír. Hernández quedó solo en el despacho.

—Ya no hay ladrones de planetas —murmuró.

FIN